APUNTES

Tomo V

San José, Costa Rica
15 de Febrero de 1940

No. 41

Estoy convencido de que el Estado debe renunciar a las funciones económicas para las cuales le falta aptitud. Creo que un gobierno que quiere aliviar rápidamente a su pueblo debe dejar a la iniciativa privada el máximo de libertad de acción y renunciar a toda medida de intervención del Estado...

Todos los sistemas de economía que estorban la libre iniciativa y la empresa individual están condenados a un fracaso más o menos doloroso.

BENITO MUSSOLINI

En 1923. Ya era Duce, pero todavía no lo había maleado el ejercicio del poder,

*
**

«La teoría colectivista está a la moda en el pensamiento contemporáneo y es ella la que guía la conducta de los políticos, pero su triunfo es en realidad un desastre para los asuntos de la humanidad. Aunque momentáneamente triunfante, ella fracasa y debe fracasar, porque reposa sobre

una concepción fundamentalmente falsa de la economía, del derecho, del gobierno y de la naturaleza humana.

»En una sociedad libre el Estado no administra los negocios de los hombres. El administra la justicia entre los hombres, quienes conducen ellos mismos sus negocios».

(De «uno de los libros más notables que se han publicado recientemente»: *The good Society*, por Walter Lippmann, citado por don Juan Trejos en *La Tribuna*, el 12 de enero 1940).

*
* *

Texto de las ideas de Staline en materia de política exterior, según las formuló en la sesión plena de la III.^a Internacional, en mayo de 1938:

«El recomenzar la acción revolucionaria en escala suficientemente vasta, no será posible si no logramos utilizar las contradicciones existentes entre los Estados capitalistas, a fin de precipitarlos unos contra otros en un conflicto armado. La doctrina de Marx-Engels-Lenine nos enseña que toda guerra verdaderamente generalizada debe terminarse automáticamente en la revolución. El trabajo esencial de nuestros partidos-hermanos en el exterior consiste, pues, en facilitar la provocación de tal conflicto. Quienes no lo comprenden, no entienden nada del marxismo revolucionario. Espero que sabréis recordarlo así a los camaradas cuyo trabajo dirigís. La hora decisiva va a sonar».

Muy interesante conversación

(*Diario de Costa Rica*, 18 de enero de 1940)

Las publicaciones que en estos días se han hecho acerca de una balanza comercial mal compensada, con una considerable suma de dólares de mayores importaciones en relación con nuestras exportaciones, nos movieron a consultar el punto con don Tomás Soley Güell. Y así lo hicimos. Con buena fortuna, porque de un tema se pasó a otros igualmente interesantes que dieron lugar a un diálogo que reproducimos, a nuestro modo, en la siguiente forma:

—¿No considera usted alarmantes esos datos de nuestra desequilibrada balanza comercial? Pareciera que nunca como ahora se impone una más directa intervención y una más estrecha vigilancia de parte de nuestros organismos reguladores en ese ramo de la economía nacional.

Don Tomás movió negativamente la cabeza y dijo:

—Es decir, incurrir una vez más en el craso error de creer que las intervenciones del Estado en los negocios particulares puedan dar los benéficos resultados que se persiguen. ¿De nada han de servir las experiencias que nos ha tocado comprobar en estos años de desatado intervencionismo estatal? Nada mejor que dejar que las cosas se arreglen por su mismo proceso de libre juego de los factores que intervienen en ese fenómeno que tanto los alarma a ustedes. Porque es evidente que si ahora los comerciantes importan más mercaderías que las que se juzgan necesarias, es porque el público las demanda y tiene con qué pagarlas. Pero si sucede lo contrario, esos mismos comerciantes tendrán que reducir sus importaciones porque no encontrarían medios para hacer comprar

al público lo que no necesita, lo que no está en condiciones de pagar. Por eso, cuando hay una balanza comercial desfavorable en un determinado año, al siguiente las importaciones buscan, como las aguas, su propio nivel. Pero si se le da beligerancia a los controlistas, todo se echa a perder y el problema se agrava.

—Pero, señor Soley Güell—argüimos—, quiere decir que totalmente estaremos arruinados cuando ya el mal no tenga remedio.

—No es coartando la libertad individual como se remedia el mal, porque más bien se acentúa. Ahora se quejan, por ejemplo, de esas excesivas importaciones, pero nadie se fija en que los impuestos cobrados por el fisco son siempre crecidos, que no se invierten en obras reproductivas, sino que se sigue en la cadena sin fin de realizar obras y más obras en un errado afán de progreso material, en tanto se aniquila la iniciativa privada que mantiene sobre sus hombros todo el peso del tren administrativo. Son esos gastos del erario los que deben disminuir si se quiere prevenir el mal que tan alarmados los trae.

—Perdone, don Tomás, insistimos, pero si el Gobierno pára sus trabajos y despide trabajadores, se crea automáticamente el problema de la desocupación por ondas sucesivas, de modo que los trabajadores «parados» del Gobierno a su vez, al dejar de consumir como antes, afectan a las industrias de la alimentación, del vestido y de la vivienda, que a su turno se ven privadas de trabajo porque la demanda de los artículos que fabrican ha disminuido considerablemente. Y todo ello sería como una cadena sin fin.

Don Tomás nos explica entonces, con paciencia benedictina, mientras nosotros abrimos las cerradas entendederas para oír los argumentos de nuestro inteligente interlocutor:

—Ese fue el error de Roosevelt y ha fracasado evidentemente; y eso él que disponía de infinitos recursos y de muchos miles de millones de dólares. El resultado está a la vista. Tiene entrampado al tesoro americano en una fantástica deuda proveniente de los sucesivos déficits registrados durante su administración. Además, esas crisis no se conjuran recargando los gastos del Gobierno, que a su vez necesitará más impuestos y le sustraerá capital a la iniciativa privada para invertirlo, como les dije, en obras no reproductivas,—que cuando lo son, como las carreteras, es a muy largo plazo. Nó, la solución es la llamada liberal, la de una libertad económica irrestricta, absoluta.

No quisimos dar nuestro brazo a torcer y a nuestro turno argumentámos:

—Usted confiaba demasiado—le dijimos—en la iniciativa privada. Pero creemos que aquí no se justifica esa presunción en favor de nuestros hombres de capital y de empresa. Lo prueban los grandes capitales que permanecen congelados en las cajas de los bancos. No hay en nuestros ricos un deseo de invertir y producir, sino que prefieren tener seguro e improductivo su dinero antes que exponerlo en negocios que signifiquen algún riesgo.

El señor Soley Güell dió inmediata respuesta:

—Y se justifica que esos capitalistas mantengan en una actitud de legítima defensa sus haberes. Sus capitales permanecen ociosos no por gusto de ellos sino porque el intervencionismo del Estado en los negocios particulares nulifica toda iniciativa privada, pues en el mismo momento en que usted comienza a trabajar con su empresa, se ve abrumado de impuestos, ya nacionales, ya municipales, y su esfuerzo queda en cero. O bien, cuando ya usted ha logrado superar los obstáculos que se le oponían, viene el Estado, le dicta

los precios a que debe vender su mercadería, sin atender a lo que significa la industria en sí misma, a los costos de producción, etc., y lo arruina definitivamente. Y esa es la desconfianza que sienten las personas que prefieren mantener en las cajas de los bancos su dinero congelado e improductivo. Peor es trabajar sin estímulos para que a la postre sea usted el perdidoso y nunca el ganancioso. Pero dése libertad, y la confianza se restituirá como por ensalmo, y nadie querrá desaprovechar las oportunidades para emprender con seguridades una industria o la producción de nuevos artículos de utilidad para todos.

Brevemente conversámos, ya para despedirnos, de dos tópicos importantes: la guerra y la inauguración del próximo gobierno. De lo primero nos dijo don Tomás:

—No dudo ni por un momento que el triunfo final será para las democracias (1). Los regímenes totalitarios, de extrema derecha o de extrema izquierda, tendrán que desaparecer. Ambos están en pugna con la naturaleza humana porque imponen el sacrificio de la personalidad y, por lo tanto, de la libertad, del interés personal y del estímulo de la riqueza, que son los ejes sobre los que da vueltas el mundo. Tarde o temprano la victoria restaurará a los hombres sus perdidas tradiciones liberales. Cuestión de tiempo nada más.

Del segundo tópico, el señor Soley Güell se expresó en los siguientes o parecidos términos.

—El doctor Calderón Guardia tiene ahora una oportunidad brillante para rodearse bien. Si lo hace,

(1) A los escritores de hoy tenemos que aguantarles el uso incesante de la palabrita *democracia*. No se detenga el lector, siga leyendo: la idea del autor se aclara bien más adelante.

su gestión administrativa resultará provechosa. De lo contrario, se hundirá, porque es evidente que el acto primo, por excelencia, de todo gobierno, está y estriba precisamente en la selección de sus colaboradores. Todo lo demás vendrá por añadidura. Pero un error inicial se paga muy caro. Y eso no es de desear.

Enhoramala

Ayer tuvimos el placer de conversar con nuestro distinguido amigo y colaborador muy estimable el Lic. don Luis Castro Ureña, quien refiriéndose al momento nacional en su aspecto legal y democrático, nos dijo:

—Estamos perdiendo el ritmo de la República de un modo ostensible y peligroso. En nombre de las buenas intenciones y de las necesidades públicas hemos llegado a vivir a espaldas de la Constitución, es decir, de la Carta Fundamental, de la suprema ley a la que todos debemos acatamiento para que con ninguna causa se ultraje o se ignore. No quiero decir en manera alguna que este pecado mortal que se está cometiendo en contra de la santidad de las leyes sea en beneficio determinado del gobernante, o de los otros presidentes de los poderes públicos que forman la República. Pensemos que hay de parte de ellos las mejores intenciones, pero ni aun de esa manera debemos caminar un solo paso que no sea en el camino recto de las leyes.

En los actuales momentos ya no podemos decir que nos atenemos a lo que dice la ley, sino que hay que esperar a ver qué es lo que dice el Congreso. Y el Congreso, compuesto por amigos personales del Presidente, hace lo que el Presidente quiere, en honor

a sus buenas intenciones o a las medidas de salud pública; y si antes quedaba el refugio de los altos tribunales, ahora ya no queda ese refugio porque también los altos tribunales le han dado carta de ciudadanía a las leyes de necesidades públicas, a las leyes de emergencia, y forman con ellas una nueva jurisprudencia que no puede traer sino el completo trastorno de la vida judicial y legal del país. Se hacen leyes contra la Constitución sin que nadie proteste. Y lo que es más grave todavía, es que se les da a esas leyes efectos retroactivos que vienen a perjudicar toda idea de justicia. En el Congreso nadie se atreve a discutir una ley que ha sido enviada por el Ejecutivo o que presenta un diputado de influencia. Los pocos que ven con claridad estos hechos y que ocupan una curul, han solido ensayar argumentos en contra de algunas de esas disposiciones, pero han visto que se estrellan en contra de una mayoría organizada que no deja lugar a las deliberaciones. Se apoya todo en nombre de la consecuencia política, y adelante, así salga mal parada la Constitución. Los países no viven solamente de los efectos materiales. Si así fuera no habría necesidad de leyes ni menos de cartas fundamentales con arreglo a los principios. Hacer leyes a troche y moche y para cada caso en nombre de medidas de emergencia, es atender solamente a la vida material del minuto. Puede que en algunos casos se logre algún bien para determinado sector; pero el mal del desorden y de los efectos morales es irreparable. Ahora se va en contra de la libertad de comercio, en contra de la propiedad, en contra de todo, con tal de que se legisle en nombre de las «necesidades públicas». Y la Constitución no acepta ninguna de esas prácticas; solamente concibe el caso de la expropiación inmediata cuando el país se encuentre en estado de guerra. Y eso para pagar después

lo que expropió, conforme a las leyes normales que son la base de la República. Pero nos hemos olvidado de ello. Y menos mal si se procediera en esa forma en nombre de la emergencia, pero siquiera hacia adelante. No sucede así. Ahora echamos para atrás y borramos todo lo que se haya hecho de conformidad con las leyes. Por otra parte, no hay una moral efectiva en lo que se dispone. Por ejemplo, se dió una ley que castiga el interés usurario, y fija el seis por ciento para las operaciones con garantía hipotecaria y el ocho por ciento para las operaciones con otra clase de garantías. Pareciera que eso era ir en contra de la usura. Pues no. Esas operaciones usurarias pueden hacerse siempre que el aumento de los intereses sobre los determinados por la ley sea en beneficio del Estado. Es decir, que el Estado acepta la usura si le favorece y nada le importa la suerte del deudor. No trata de protegerlo, sino de gravarlo en su beneficio. Ahora mismo lo estamos viendo con las leyes del inquilinato. No solamente se dictan medidas para adelante, sino hacia atrás, y se escoge cualquier época para colocarla de punto de referencia. Todo ello resulta altamente demagógico, pero en realidad es altamente nocivo. Se detiene por completo la iniciativa particular y se siembra la desconfianza. Y ya no queda, como antes dije, el recurso de acudir a los intérpretes del derecho universal, porque en esos altos tribunales se atiende como supremo derecho el de la emergencia. Es bueno decir estas cosas para que volvamos si es posible a la realidad republicana y democrática, donde el supremo anhelo es la justicia y nunca los procedimientos autocráticos, aunque éstos tengan un respaldo de los otros poderes, pues bien estamos viendo que hay sincronismo en los procedimientos. Menos mal que queda todavía el recurso de la prensa, pero este mismo es para no ser oído. Nuestra ciudadanía

ha rebajado completamente su nivel de ética. Vamos viviendo sin que ya nos importe mucho ni el presente, ni el porvenir, ni nada. Lo vemos con el minuto político. Hemos entrado en un período de sucesiones gubernamentales. Y como si tal cosa... Dormidos sobre nuestros laureles, sin ponernos a meditar que lo que hoy no pasa de ser un hecho sin consecuencias inmediatas, puede convertirse dentro de poco en el advenimiento de una dictadura que lo arrase todo y nos lleve a la vida de un totalitarismo absurdo.

(De *La Tribuna*, 29 de setiembre 1939).

La juventud de los viejos

POR EL DR. H. GOELLERLT

He leído en alguna parte que ciertas tribus salvajes tienen la costumbre de matar a los ancianos para que no los incomoden con sus consejos, reflexiones y críticas, frecuentemente llenas de sabiduría, puesto que son el fruto de la experiencia y casi siempre inspiradas por el más profundo desinterés.

Entre los civilizados no se llega por cierto al extremo de quitar directamente la vida a los ancianos; pero observo, con dolorosa frecuencia, que los hijos atentán contra la salud y la vida de los padres en una forma demasiado ruda, aunque quizá no reparan en ello. Se oye decir, en efecto, a cada rato a las hijas:

—Mamá, no comas de esto, que te puede hacer mal.

—Papá, no te sientes ahí, que corre viento.

—Mira, mamá, es mejor que no subas esa escalera.

—Quizá sea un poco tarde para papá.

—Temo que esto le haga daño a papá.

No dudo yo que estas frases dirigidas a personas a menudo llenas aún de vitalidad y de energía sean dictadas por el amor filial; no obstante, pido que se reflexione un poco sobre la influencia que ejercen en una persona que ha pasado los 50 años esas continuas e impertinentes advertencias que no tienen otro resultado que el de estar recordándole que ya no es joven.

Se dice—y yo lo creo firmemente—que la despreocupación respecto a los años es uno de los principales factores para la longevidad y que viven más las personas que no se sienten a cada paso obligadas a hacer el balance de lo vivido y de lo que les queda aún de existencia en esta tierra. Realmente, debe de ser así.

Los médicos de Inglaterra comprobaron hace algunos años que una joven, que había perdido la razón a los 23 años, continuó siempre creyéndose en la misma edad, esperando todos los días a su novio, para lo cual se acicalaba como una jovencita. Esta persona pasó de los 70 años conservando su aspecto juvenil. Tenía las facciones frescas, los ojos vivos y brillantes, y era difícil creer que eso fuera posible. En este caso la imaginación no actuaba sobre el sistema ner-

vioso y el organismo entero, recordándole a cada momento que había cumplido ese cuerpo los 50, los 60, los 70 años, y se producía el milagro de la perdurable juventud.

En contraposición a este caso que despertó tanta curiosidad en el mundo científico, imagínense lo que le sucede a los padres que soportan la continua mortificación de que los hijos con cualquier pretexto, a veces harto pueril, por cierto, les recuerden que ya no tienen 20 años.

—Ten cuidado, mamá, que tú no estás en edad de subir esa escalera.

—Quién sabe, a tu edad, si no te hace mal comer eso.

—Míra, mamá, que una persona de tu edad puede sentir demasiado los efectos del sol.

En nombre de todos los padres sometidos al tormento que describo, pídeles a los hijos un poco de más piadosa reflexión sobre el alcance de sus cuidados, porque hay algunos que matan, y aquellos a que me refiero son precisamente de ese género.

Incluyamos entre estas faltas de consideración y de afección consciente la tontería de llamar ancianos a personas que no han pasado de los 60 años, y la no menor de clasificarlos entre los seres inútiles, que deben conformarse con la pasividad en espera de la muerte.

La llave de la felicidad

Preguntámos a la famosa actriz Lupe Vélez cómo era que se las entendía para evitar los malos ratos que a todos nos agobian. Hé aquí el remedio que Lupe predica:

«Sólo tengo una solución para cualquier dificultad que se me presente. Se llama: trabajo, trabajo y más trabajo. No teniendo ni un minuto siquiera disponible, no me queda ni un segundo para ponerme a reflexionar en lo que pudiera suceder.

» Algunas personas creen que por el hecho de ser yo mexicana me gustan las siestas, tenderme a tomar sol por horas enteras. Pues esto no es verdad, está muy lejos de la verdad. Yo no estoy quieta ni un minuto. Tanto mi padre como mi madre nos enseñaron a mí y a mis dos hermanas a trabajar de pequeñas. Mis dos hermanas son cantantes y a la edad de 15 años yo ya estaba bailando profesionalmente.

» Desde entonces siempre he estado ocupadísima. Es más, cuando veo que empiezo a aburrirme o a pensar en la monstruosidad de las dificultades, enseguida busco algo que hacer para distraer mi mente. Yo no hago muchas películas al año. La que terminé recientemente en los Estudios de la RKO-Radio titulada *La Señorita Ciclón* fue mi primera en 1939. A esta le seguirá

otra que modestamente creo agrada a todo el mundo, pues puse todo mi empeño en ella. Se titula *La Diabla Mexicana*, pero prevengo a ustedes que yo no soy quien pone los títulos a mis películas, atributo exclusivo de los Estudios. Mientras tanto, no crean ustedes que yo me siento en casa a esperar que me llegue otro trabajo. ¡Oh no! Lo que hago es que planeo alguna gira artística y con frecuencia aparezco personalmente en las tablas.

»¿Amor? Nó. No tengo tiempo para pensar en esas cosas. Estoy muy contenta con mi trabajo».

(Tomado de *Noticias* de la RKO Radio Pictures, 1270 Sixth Avenue, New York).

9 de diciembre 1872.

¿Cuál verdad de orden moral no se altera al vulgarizarse ni se falsea al hacerse popular? Así la libertad, la igualdad, la santidad, la piedad, la fe, el libre examen, el progreso y tantas otras cosas. Toda verdad es relativa, limitada, de un matiz, condicional. Ahora bien, la masa se lanza sobre ella como el toro sobre la escarlata, no ve más allá, la aísla, la exagera, la tiene por absoluta y hace de una verdad un error.

Del Diario íntimo de Amiel

Fragmentos de reportajes

.... Si hace dos o tres días me hubiera usted preguntado cuál era mi impresión acerca de este momento, le habría dicho por intuición talvez que no creo que haya guerra. En lo más íntimo de mi criterio sigo pensando lo mismo, pero nada podría asegurar. Por otra parte, debo serle sincero, no siento simpatía por los periódicos, ni de aquí, ni de allá, ni de este lado, ni de ningún otro. Y a veces ni por los periodistas. Estoy divorciado, en cierto modo, con la actualidad, eso que ustedes llaman actualidad. Tanto es ello así, que hace poco un amigo con el cual conversara acerca de Colombia, me pintaba las excelencias del actual gobernante de aquella república.—Todo eso será cierto, le contesté. Pueda que tenga usted razón. Pero no hablemos de eso. Eduardo Santos ante todo es un periodista.

Esto no va contra todos los que trabajan en las empresas de los diarios. No faltan en ellas cabezas juiciosas. Hace poco conversaba con un colega de usted, y entre otras cosas me decía que en estos momentos de tanta agitación, de tanta noticia, de tanta novedad, estaba estudiando la Edad Media.

La Tribuna, 27 de agosto de 1939.

*
**

—El factor religioso en los movimientos sociales o políticos, no lo he descubierto nunca en Costa Rica. Dicho factor es una cómoda fantasía; particularmente absurda en un país en que la casi totalidad de los ciudadanos es de católicos sin filo.

El gran movimiento popular que terminó con el

triunfo engañoso de 1889, comenzó en 1888 y fueron sus inspiradores precisamente los mismos valientes ciudadanos que acababan de hacer la defensa de la Universidad y quedar derrotados por los partidarios de la enseñanza del Estado. De pie, con respeto y cariño, voy a recordar tan sólo los nombres de los que fueron mis parientes o amigos íntimos: Don Juan Fernández Ferraz, don Juan de Dios Céspedes, don Félix Arcadio Montero, don Elías Jiménez Vargas, don Alfonso Jiménez Rojas. Yo no he conocido otros más firmes y decididos amantes de la libertad.

*
**

Cruzámos ayer algunas palabras con don Elías Jiménez. Sin diluirlo, damos a nuestros lectores el breve diálogo.

—¿Estamos o no estamos en guerra?

—Todavía no lo sé, nos respondió don Elías. Nunca hay razón para la guerra; pero hay veces en que cabe una *explicación* de ella. Esta vez, me parece que no cabe.

No me es por consiguiente posible creer que la actual contienda europea vaya a durar. Pienso que no pasará de un simulacro sangriento y costoso, muy propio del momento de debilidad intelectual que vivimos.

—¿Y el proceder del Gobierno frente a los comerciantes? ¿Qué nos dice?

—No me sorprende. Así obran los gobiernos mediocres y mal aconsejados. Burlarse de los principios es hoy cosa de buen tono.

*
*
*

En momentos en que conversábamos con don Elías Jiménez Rojas, un pregonero de un diario de la tarde (1) entró ofreciendo a la venta ejemplares del mismo. Don Elías nos señaló entonces el párrafo que en primera página se leía. Textualmente: «Esta maldita guerra no se detiene ni ante los maestros y los sabios, los filántropos y los filósofos, que ellos también especulan y suben los precios, aun los de los alimentos de los niños, como cualquier mortal cristiano».

Y sonriendo, don Elías, comentó:

No me inmuta la diatriba. Al contrario, casi la celebro. Tanto se ha dicho de mi filantropía, de mi generosidad, que esto de ahora viene a equilibrar las cosas.

Se me ataca porque soy comerciante y porque defiendo a los comerciantes víctimas de las arbitrariedades del Gobierno, que procede siguiendo la línea de menor resistencia y aprovechándose del alarmismo, de las peligrosas especulaciones de los diarios que hacen su negocio a base de exagerar los hechos y de crear presunciones absurdas en la mente popular. La masa cree que los comerciantes debemos pagar por todos, y que cuanto se haga en nuestro daño está justificado, porque nuestras actividades son siempre en perjuicio de quienes nos favorecen; cuando la verdad es que cliente y comerciante se deben mutua gratitud, cuando hay honestidad y buen servicio de parte del primero y consideración y comprensión de parte del segundo, en una suerte de reciprocidad que

(1) *La Prensa Libre*, dirigida por los señores Borrás y Palau, cuyas manos he estrechado tantas veces, creyendo que me conocían bien y que eran amigos míos.

vincula tanto a uno como a otro, pues si uno de ellos da su preferencia y su dinero, el otro le presta el servicio lealmente, con la ganancia que ese servicio vale y con su prestación personal, igualmente valiosa.

Se acusa de especulación a aquel que aumenta sus precios porque sabe que para reponer la mercadería que el público ansioso le demanda,—no porque tenga necesidad de ella sino porque teme que se encarezca y quiere guardarla en una suerte de especulación defensiva—, tendrá que pagar un 10 ó 20 de recargo, porque así se lo han notificado los agentes o proveedores, o porque procede por justas presunciones.

En el caso presente todos obran en la idea de que hay hambre, porque hay guerra, y ninguno de los dos hechos tiene una comprobación real, sino que existen por el sensacionalismo de los diarios únicamente.

Y en este movimiento allanador de propiedades y honras, se parte además de una teoría caprichosa de los artículos indispensables para la vida, no obstante que la verdad es que para la existencia humana sólo hay dos elementos imprescindibles: el aire y el agua. Los demás, todos los demás, son sustituibles. Si tenemos bananos, por ejemplo, carecemos de razón al exigir que se nos dé pan.

Por populachero que sea un gobierno no puede perdonársele que se burle de los principios y de los principistas. Tal vez en el país no exista otra persona que como yo sienta que es uno de esos «puritanos del constitucionalismo», de que habla el Presidente Cortés. No porque crea yo que la Constitución no deba cambiarse—que mucho lo he predicado respecto de la que nos rige—sino porque lo esencial es mantener la fe en los principios, y si el Jefe del Estado juró respetarlos, debe respetarlos, o no debió jurar que lo haría, porque de otra suerte ello trae la desmoralización... Esa desmoralización que parece

ser la tónica de la época, cuando las naciones no respetan sus tratados y faltan a sus compromisos; cuando los gobernantes, aquí como en Europa, o en los Estados Unidos, desacatan la ley fundamental para proceder de acuerdo con las circunstancias, elevando a una categoría de suprema ley lo contingente, la arbitrariedad, lo que ellos llaman «emergencia», con la que rubrican sus leyes de orden público, lo que equivale a decir sus atropellos al mismo régimen que estaban obligados a preservar. No comprenden que llegará el día—que para mí llegó ya—en que no habrá seguridad para nadie, que todo será especulación sobre los azares de las circunstancias, y faltará la fe tan necesaria a la fuerza moral del Estado.

Por eso, la mofa a los principios es impropia mayormente en quien está obligado a consagrarlos con su acción y su palabra, pues ellos forman el asiento mismo de su poder. No son pretextos ni excusas aceptables las razones de que se valen al repudiar la Constitución los gobernantes del tipo del Presidente Roosevelt, alegando que es una ley inactual o imperfecta en función de las necesidades del momento. Si ese es el caso debe cambiársela, en el sentido que se considere mejor, más de acuerdo con la realidad y necesidades nacionales, pero no faltar a la promesa que dieron de cumplirla y hacerla cumplir, porque están obligados a ello por sobre toda otra consideración, si se quiere que la vida colectiva sea segura o normal.

¡Que no se burlen de las leyes o principios quienes carecen de facultades geniales para resolver las dificultades públicas!

**

—He oído decir que en esta guerra usted no ha soltado ni una palabra de simpatía hacia una u otra de las naciones beligerantes. Vengo, pues, a sacarle alguna declaración...

—¿De simpatía? ¡No lo haré!

Las matanzas de hombres son muy aflictivas, pero lo son cientos de veces menos que el desconocimiento de los principios y el derrumbamiento de las instituciones que constituyen lo que se llama cultura o civilización.

¿Cómo vamos a olvidar tan ligero que Inglaterra y Francia fueron las primeras en tender las manos a Rusia? Hollando aquellos principios y el Estatuto de la Sociedad de las Naciones, dieron a la perfidia asiento de honor en Ginebra, sin hacer el menor caso de la protesta de Suiza y Portugal, elocuente, sabia y extensamente formulada.

Hace apenas cuatro años que el Mariscal Petain hubo de exclamar: «Creo que el pacto franco-soviético nos ha hecho muy mal servicio. Hemos permitido entrar al comunismo en el círculo de las doctrinas confesables. Es muy probable que tengamos que arrepentirnos de ello».

Esto lo decía Petain sin tomar en cuenta la próxima y segura traición de Rusia.

—Otra cosa ahora. ¿Ha notado usted la actitud de algunas entidades comerciales en favor de «las medidas de emergencia» dictadas por el Gobierno?

—No es muy extraña tampoco. Hay médicos que no son médicos, hay abogados que no son abogados y hay comerciantes que no son comerciantes.

No se debe esperar de todos que conozcan la historia del comercio y las reglas de oro de la economía.

Desde el edicto de Diocleciano hasta el del señor Cortés, han sido muchos los intentos de reglamentación oficial de los precios, sin que alguna vez se haya logrado abrogar establemente la ley de la oferta y de la demanda. La violación de los derechos de los individuos conduce indefectiblemente al empobrecimiento de los pueblos y no puede, por consiguiente, sostenerse por largo tiempo.

Todo mal, de cualquier orden que sea, lleva en sí mismo su decreto de muerte. Que no intervenga el Estado y desaparece pronto lo que debe desaparecer. Todos los negocios, todas las empresas tienen sus contratiempos y sus malos ratos. Que no se interponga el Estado y la duración de estos ratos será menor, y el mal que era circunscrito no se extenderá a todas las formas de actividad.

La Tribuna, 21 de setiembre de 1939.

Cuando un hombre ha hecho su fuerza a base de codicia y trapacería, basta un pretexto cualquiera o un ligero fracaso, para que todo se enrede y se disperse. Porque no es posible constituir por la injusticia, por el perjurio, por la mentira, una potencia que dure.

DEMÓSTENES

Mandamientos escolares suecos

1.—El aire fresco, día y noche, es el mejor preservativo contra las enfermedades de los pulmones.

2.—El movimiento es la vida. Haced todos los días ejercicios al aire libre, trabajos o paseos. Este es el contrapeso del trabajo sedentario.

3.—Bebed y comed sencillamente y con moderación. Quien prefiere al alcohol, la leche y las frutas, mantiene su salud y aumenta sus capacidades de trabajo y de felicidad.

4.—El trabajo regular e intensivo es el mejor preservativo contra las enfermedades del espíritu y del cuerpo; es la felicidad de la vida y consuelo en las aflicciones.

5.—El hombre no encuentra reposo y distracción después del trabajo en las fiestas bulliciosas. Las noches son hechas para dormir. Las horas de descanso y los días de fiesta deben ser dedicados a la familia y a las satisfacciones espirituales.

6.—La primera condición de una buena salud es una vida fecundada por el trabajo y ennoblecida por las buenas acciones y las alegrías sanas. El deseo de ser un buen miembro de su familia, un buen trabajador en su esfera, un buen ciudadano en su patria, dan a la vida un valor inestimable.

Miscelánea de "Eos"

(Año 1916)

La infancia vive gozosa en el egoísmo ingenuo de la sensación; la juventud se lanza entusiasta al ejercicio de sus energías, que ella cree tan ilimitadas como sus ambiciones. En cuanto a la vejez, acabados los sueños, ve morir a todos los que ama, la rodean las ruinas de sus afecciones y no encuentra consuelo sino en un noble sentimiento, el de haber cumplido sus deberes respecto a los otros hombres y mantenerse en la posición recta, sonriendo con bondad a la infancia inocente y ayudando con toda simpatía a la juventud en el esfuerzo eterno de la humanidad hacia la verdad, hacia el bien, hacia el ideal.

BERTHELOT

*
**

En la hora de la muerte, en esa hora en que las religiones dicen al hombre: «Abandónate un instante, déjate llevar por la fuerza del ejemplo, del hábito, por el deseo de afirmar aún lo que tú no sabes, por el miedo, en fin, y serás salvo»; en esa hora, en la cual el acto de fe ciega es la suprema debilidad, la duda es seguramente la posición más alta, más valerosa que puede tomar el pensamiento humano: es la lucha hasta el fin, sin capitulación; es la muerte erguida en pre-

sencia del problema no resuelto, pero indefinidamente contemplado cara a cara.—M. GUYAU.

*
* *

El historiador, cuya atención se concentra sobre los sucesos de más bulto, puede creer que el género humano no ha vivido sino por algunos hombres. El naturalista, habituado a observar el aplastamiento de los débiles, puede exclamar de buen grado con el poeta: *¡No hace caso el viento de la hoja seca que gime!* Uno y otro se pagan de apariencias. La hoja muerta, a su modo y a su medida, acciona sobre el viento. Y en lo humano, según lo proclaman los moralistas, todo acto, por insignificante que parezca, alcanza un valor inmenso cuando se realiza en armonía voluntaria con el orden eterno de las cosas.

P. PUISEUX

*
* *

Hay que repetir constantemente las cosas verdaderas, porque sin cesar el error renueva en torno nuestro sus predicaciones, y tiene por órganos, no a los simples individuos, sino a las masas.—GOETHE.

*
* *

¡Tánta bulla para «acercar la escuela y el hogar»! Así pues, ¿están separados? ¡A estas horas

io echáis de ver! Ya es algo. ¿Y quién los ha alejado?

La centralización ministerial rompe los lazos naturales, íntimos, profundos, entre la escuela y el hogar, ¿y queréis ahora hacer el remiendo con saliva? Porque saliva es lo que se gasta en vuestras fiestas y reuniones.

*
* *

El buen maestro procura enseñar EN LA ESCUELA y es enemigo de imponer tareas que deban ser hechas por los alumnos fuera de la escuela.

Todo mecanismo de promoción, en la escuela primaria o en el colegio de 2.^a enseñanza, debe someterse al siguiente principio, formulado hace más de 45 años por la Facultad de Medicina de París:

Favorecer la manifestación y el desarrollo de las diversas aptitudes especiales, que son a menudo características de las mejores inteligencias. Con ese fin admitir que los diferentes conocimientos inscritos en los programas puedan equivalerse y *suplirse*, sin pedir una omnisciencia que, tan general como insuficiente, dista bastante de ser prueba de superioridad intelectual.

Así se logra la *orientación* o *especialización natural*. La regla es NO ESTORBAR LAS VOCACIONES. Y esto es precisamente lo contrario de imponer o dictar vocaciones.

*
* *

La justicia en la inteligencia viene a ser la justicia en el corazón.

Las escuelas que se proponen ante todo *educar*, pierden su tiempo. La *instrucción*, la asimilación de la verdad, la justicia en la inteligencia, es lo único que puede educar. EL QUE NO INSTRUYE NO EDUCA. Medítenlo bien los maestros.

La ambición malsana, madre de los *desclasificados*, y fuente de desgracias para los individuos y para los pueblos, es el primer fruto de una educación mal dirigida, a base de superficialidad en la enseñanza.

Ciencia reducida, pero ciencia. Nociones simples, pero claras y seguras. No hay otro modo de enderezar las consciencias.

Consciencias rectas y espíritus prácticos es lo que con mayor urgencia reclama un pueblo. Espíritus prácticos, habituados al manejo de las ideas y armados de principios ciertos, para poder hacer faz a las necesidades del hogar y a las exigencias de las diversas profesiones usuales, — que todas son hoy cosas de ciencia.

*
* *

Los maestros hacen las escuelas. Lo otro, planes de estudios, programas, edificios, es cosa secundaria. ¡Desgraciado el país cuyo régimen docente produce la eliminación gradual de los buenos maestros!

*
**

Se habla a veces del «mercantilismo» de ciertos institutos de enseñanza privada, ¿y no es cien veces peor el servilismo y apocamiento de tantos establecimientos públicos?

*
**

Delante de una medida administrativa, de muy poco o de nada sirve el averiguar si las intenciones o móviles del autor han sido buenos o malos: lo que conviene saber es si la medida es buena.

*
**

¿Queréis ir derecho a la perdición? Volved la espalda a los principios que juzgasteis buenos en las horas de paz y de salud.

*
**

A la guerra se llega por una serie de extravíos mentales. En la guerra culminan dichos extravíos. Las matanzas de hombres son ciertamente muy aflictivas, pero lo son cientos de veces menos que el desconocimiento de los principios y el derrumbamiento de las instituciones, que constituyen lo que llamamos cultura o civilización. Una población se rehace en pocos años. Mucho más difícil de rehacer es el edificio cultural, obra del amor, a la luz de la razón.

*
**

Sin libertad no habléis de fomento a la producción. Dejad al agricultor que obedezca tranquilamente a su razón y a su ciencia—la ciencia es la experiencia propia sumada a la experiencia ajena—; asegúradle que no vais a intervenir en sus planes ni a desbaratar sus cálculos; dadle esta libertad y le habréis dado a él cuanto da el sol a la planta. ¡No estorbéis el juego natural de las cosas!

*
**

En donde hay tierras fértiles en abundancia y sol y agua y paz, no puede haber hambre. Poco importa que falten allí trapos y oropeles.

*
**

Si el pan encarece, ¡cuidado con herir en lo más mínimo al productor! Más vale pan caro que falta de pan. ¿No sabéis cuál es el brazo izquierdo del productor? ¡El comerciante!

*
**

La relación entre la demanda y la producción es lo que da el precio de un artículo. Cuanto inventéis en contra de esta verdad no pasará de locura e intento vano. Releed la historia, desde Diocleciano acá, si no queréis ir más lejos; os desafío a que me citéis un solo caso que no venga en apoyo de mi afirmación.

El edicto de Diocleciano

El edicto de Diocleciano, promulgado el año 301 (¡hace más de 1600 años!) y conocido con el nombre histórico de «edicto del maximum», ha sido el más notable ensayo de reglamentación de la ley de la oferta y de la demanda, para proteger los ahorros del pueblo, los salarios de los obreros y el sueldo de los soldados, contra las especulaciones de los industriales y de los comerciantes. Escribimos de intento *ha sido*, porque nos sentimos de veras muy cerca de Diocleciano en estos momentos en que los estadistas de las naciones en guerra y sus tristes imitadores de otras partes, superan a los cañones en la obra común de destrucción.

Diocleciano pretendió fijar el maximum de los precios y el minimum de los salarios, mediante una reglamentación minuciosa, impuesta por la fuerza. Al mismo tiempo, transformó en SERVICIOS PÚBLICOS una multitud de industrias, recurriendo a las «corporaciones obligatorias».

Esas industrias eran particularmente las relativas a la alimentación del pueblo. El obrero que formaba parte de una corporación, tenía que seguir en ella toda la vida y el hijo *heredaba obligatoriamente* el cargo de su padre. En una palabra: Diocleciano fijó los precios, fijó los salarios y estableció—además del antiguo reclu-

tamiento para el servicio militar—el reclutamiento forzoso para el servicio agrícola e industrial. ¿Qué más podéis idear, sucesores de Diocleciano, que no poseáis sin embargo ni el sentido práctico ni ninguna de las otras condiciones de gran hombre de Estado reconocidas por los historiadores en aquel emperador? Sus intenciones eran excelentes; su autoridad, soberana; sus recursos, los de un inmenso imperio.

El sistema caminó... como pudo, gracias a un buen código penal para castigar a los delincuentes, a una buena policía para cogerlos y a buenas prisiones para encerrarlos.

¿Y cuál fue el resultado? La producción declinó y el costo de la vida subió a las nubes.

Cuando Diocleciano abdicó y se retiró a vivir libre y tranquilo, cultivando personalmente su huerto, en Salona, mostraba a las visitas sus lechugas para señalarles la felicidad de que disfrutaba en los últimos días.

Señores del Congreso y de la prensa: de Diocleciano, las lechugas!

«La lección debería aprovecharse—dice el padre A. Castelein—, porque nunca podrán ser más propicias las circunstancias, por la unidad y la fuerza del Imperio, para abrogar la ley de la oferta y de la demanda, y reglamentar el trabajo, la producción y la repartición de la riqueza. ES SIN DUDA EL MÁS ESPLÉNDIDO EFECTO CONOCIDO DE LA MANÍA DE REGLAMENTACIÓN». (A. Castelein, S. J., *Droit Naturel*, 1903).

Tratemos de hacer comprender por qué esta reglamentación de los precios se vuelve contra el interés general.

«Cuando el Estado reglamenta el precio de las cosas, lo hace naturalmente con el objeto de reducir lo más posible dicho precio en beneficio del pueblo consumidor. Ahora bien, esta reducción de precios, rebaja necesariamente los beneficios esperados por los productores. Y como ES IMPOSIBLE para el Estado determinar la medida de los beneficios legítimos y, sobre todo, la medida de las esperanzas permitidas a los buenos productores, corre el riesgo de descontentar a éstos, de paralizar su celo y aun de alejar a muchos, de los trabajos onerosos. Se alejarán particularmente los más ambiciosos, que son también a veces los más capaces. ¿Qué remedio puede oponer a este mal el Estado interventor? Naturalmente lo busca en un sistema de intervenciones cada vez más despóticas: vienen las requisiciones de mano de obra a precios forzados: los trabajadores son obligados a trabajar contra su gusto, según lo entienda el Estado y con los salarios que él consienta.

»Hé ahí lo que nos revela la naturaleza de las cosas y lo que nos confirman en dos ejemplos brillantes el edicto del *Maximum de Diocleciano* y el *Estatuto de los labradores* de Inglaterra (siglos XIV y XV).

»La reglamentación oficial de los precios conduce a la violación inicua de los derechos

de los individuos y, por sus consecuencias económicas, al empobrecimiento de los pueblos.

»Siempre y en todas partes, cuando la manía de reglamentación impera, la producción disminuye. Restringida a lo estrictamente necesario en tiempo normal, se hace insuficiente en tiempo anormal, y se llega así a la crisis de escasez y a la agravación del pauperismo». (A. Castelein, *ibid.*).

V. LAFOSSE y ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Abril de 1918, hace 22 años.

Sucede en la historia literaria que unas veces es el hombre superior al autor; y así a tal o cual escritor, que produjo enorme sensación en sus contemporáneos, no podemos juzgarlo y nos sorprende el prestigio de que gozó y la influencia que ejerció, mientras otras veces es el autor superior al hombre y las obras al que las escribió. Hay hombres muy superiores a sus obras, y hay obras muy superiores a los hombres que las llevaron a cabo. Hay quien se muere sin haber agotado su espíritu en sus escritos y habiéndolo derramado en conversaciones, en dichos y en hechos. Sorprende encontrarnos en antiguos escritores con elogios subidísimos de alguno de sus contemporáneos, cuyas obras nos dejan hoy fríos, y en tal caso debemos suponer que el hombre era muy superior a sus obras. Y en otros casos ocurre lo contrario.—M. DE UNAMUNO.

Letras viejas, pronto centenarias,
de un país lejano... Inglaterra!

Demasiadas leyes

POR HERBERT SPENCER

II

Pero lo que se trata de discutir no es tanto si, mediante una inteligencia suficiente, sería *posible* al Gobierno cumplir las diversas tareas que se le imponen, sino más bien si es o no *probable* que las cumpliera. Es menos asunto de *poder* que de *querer*.

Admitamos que el Estado sea perfectamente capaz, y veamos si en tal caso puede esperarse de él que lleve a feliz término la obra. Consideremos la fuerza motriz que pone en juego la máquina legislativa, y tratemos de ver si esta fuerza recibe en esta máquina un empleo tan bueno como en otra parte.

Evidentemente, como lo que hace obrar al individuo es siempre un deseo, de tal o cual clase, de igual modo, una institución social, cualquiera que sea su naturaleza, deberá tener por motor un grupo de deseos.

Cuando los hombres obran en conjunto, ni uno de sus actos deja de nacer de un apetito, de un sentimiento, de un gusto común a todos. Si no les gustara la carne, no habría ganaderos, ni mercado de ganados en Smithfield, ni corporaciones de carniceros para distribuir esa carne. Si hay óperas, sociedades filarmónicas, editores de música y organilleros, es en virtud de nuestra afición a los sonidos melodiosos. Deletréese el *Almanaque del Comercio*; tómesese una guía con vistas de Londres; léase el *Indicador de las tablas del tiempo*, de Bradlaugh, los informes de las Socie-

dades sabias o los prospectos de librería; y en cada una de estas publicaciones tomada en sí misma, como en las cosas que describe, se verán otros tantos proyectos engendrados por la actividad humana, gracias a un deseo natural en el hombre.

En virtud del deseo nacen todos los establecimientos, los más gigantescos lo mismo que los más pequeños, los más complicados como los más sencillos, tengan por objeto la defensa de todo el país o la de sus más pequeñas partes, la distribución cotidiana de la correspondencia o la selección de los pequeños pedazos de carbón acarreados por el Támesis; establecimientos para todos los fines posibles, desde la predicación del cristianismo hasta la protección de los animales contra los malos tratos; desde la panadería para proveer a toda la nación hasta el establecimiento que vende las migajas para los pajarillos enjaulados.

Por consiguiente, si los deseos acumulados de los individuos son el motor que pone en juego todo mecanismo social, la cuestión debe establecerse diciendo:

«¿Cuál es el género de mecanismo más económico?».

Tenemos, pues, que buscar el instrumento más eficaz, el instrumento que menos cueste y que desperdicie menos fuerza motriz, el instrumento menos expuesto a estropearse y el más fácil de reparar cuando se estropee.

Ahora bien, entre las dos clases de mecanismo social, el espontáneo y el administrativo, ¿cuál es preferible?

El modo mismo de plantearse la cuestión lo dice bastante: el mecanismo mejor es el que contenga menos elementos. El proverbio «Si quieres trabajo bien hecho, haz ese trabajo», no es menos bueno en política que en la vida privada. La historia del pro-

pietario que ve que sus tierras, cuando las confía a un administrador, le dan deudas por todo producto, es una historia que se repite, en los anales de las naciones, bajo una forma aún más clara que en las cuentas de un propietario. Si las compañías por acciones se resienten, como es sabido, cuando un individuo les hace competencia, con mayor razón se resentirá esa compañía que abraza la nación entera.

El método que hace pasar el poder de los colegios electorales a los miembros del Parlamento, de éstos al ejecutivo, del ejecutivo a una oficina, de la oficina a inspectores, y de los inspectores, por fin, bajo sus órdenes, a los que hacen el trabajo, esa interposición de toda una serie de palancas cada una de las cuales absorbe su parte de la fuerza motriz en frotamientos y en inercia vencida, son procedimientos demasiado complicados para valer gran cosa; y, en cambio, el auxilio directo, de parte de la sociedad, a los individuos, a las compañías privadas, a los establecimientos creados por la iniciativa de los particulares, es un medio tanto mejor cuanto que es más sencillo. Para hacer el contraste más sensible, comparemos en sus detalles la manera de operar de ambos sistemas.

La máquina oficial está acostumbrada a la lentitud. Cuando un establecimiento particular nos fastidia con sus retrasos, acabamos con ellos cesando de buscar sus servicios, y pronto encontramos gente más activa: bajo disciplina tal, todos los establecimientos han aprendido a trabajar con rapidez. Mas, con los retrasos propios de las administraciones del Estado, el remedio no es tan sencillo. Los trámites que reclama un asunto que depende, por ejemplo, de la Cancillería, duran lo que la vida de un hombre, y es menester sufrirlo con paciencia. ¡Y los catálogos de museo! Se les ha de aguardar con una espera sin esperanza! Cuando un particular quiere construir un palacio de cristal, hace

un plano, lo ejecuta y adorna en algunos meses. La legislatura, en cambio, emplea veinte años en construirse un nuevo edificio. Por el cuidado de ciertas personas, las discusiones del Parlamento son a diario impresas y repartidas a través del reino algunas horas después de haber tenido lugar; pero los Anales del comercio aparecen regularmente con un mes de retraso, con más a veces.

Y el caso es que esta es la regla universal. Aquí es una oficina de salubridad pública que desde 1849 está a punto de cerrar los cementerios de Londres y que aún (1853) no ha hecho nada con tal fin; y tanto y tanto ha dormido sobre los proyectos de cementerios que la Compañía de la Necrópolis de Londres le ha cortado la hierba bajo los pies. Allí, es un inventor privilegiado que sostiene una correspondencia de veinte años con la Guardia de a caballo antes de obtener una respuesta definitiva acerca del empleo de sus botas de montar perfeccionadas para el ejército. En Plymouth, es un capitán de marina que, desde el naufragio de la *Amazona*, deja pasar diez días antes de enviar en busca de las canoas de ese navío, que nadie había vuelto a ver.

Además, la administración oficial es bestia. Está en la naturaleza de las cosas que cada ciudadano busque el trabajo para el cual se preste más. Los que son a propósito para la tarea que emprenden salen bien de ella y, ordinariamente, reciben un ascenso en relación con su habilidad; en cuanto a los ineptos, la sociedad los repele, cesa de emplearlos, los obliga a buscar un trabajo más fácil, y entonces vuelve a tomarlos a su servicio.

Pero, en las administraciones del Estado, tanto importa se sirva o no. Allí, ya se sabe, el nacimiento, la edad, la intriga, que pasa por las escaleras de servicio, y la adulación, hé ahí lo que distingue a un hombre,

más bien que el mérito. Cabellos canos, o bien un título, son cosas preferibles al talento para ascender en la marina. Más aún, el hombre que vale no tarda en notar que, en los puestos oficiales, la superioridad es un obstáculo: sus jefes huyen como de la peste de sus planes de mejora y siéntense heridos por ellos como por una crítica indirecta.

Así, pues, la máquina oficial no sólo es complicada, sino que por otra parte está hecha de materiales inferiores en calidad.

De ahí los embustes en que la pillamos a diario: arsenales a los que el dominio nacional envía maderas de construcción que no valen nada; la Comisión encargada de aliviar los males de la escasez, en Irlanda, que se las compone para arrancar el suelo a los labradores y disminuir en una cuarta parte la siguiente cosecha; tres oficinas distintas para archivar los privilegios, sin que ninguna de las tres posea un repertorio.

Doquiera estalla la misma necedad, desde la ventilación de la Cámara de los comunes, en donde se trabajó lo indecible para obtener un fiasco, hasta la publicación de la *Gaceta de Londres*, que invariablemente sale de las oficinas mal plegada.

Un nuevo carácter de la administración: es pródiga.

En los departamentos principales, el ejército, la marina, la Iglesia, emplea muchos más funcionarios de los que necesita, y paga sueldos locos a los más inútiles de ellos.

Los trabajos dirigidos por la Comisión de los alcantarillados vinieron a costar, según B. Hall, de 300 a 400 por 100 más de lo previsto, y los gastos de administración se elevaron a 35, 40 y 45 por ciento del gasto total.

Los guardianes del puerto de Ramsgate,—puerto, dicho sea de paso, en cuya construcción se emplearon cien años,—gastan 350.000 francos anuales en lo que se podría hacer, esto se ha demostrado, por 125.000.

La oficina de salubridad manda dibujar, bajo su propia dirección, un nuevo plano de cada ciudad, lo que ocasiona un gasto tan inútil, según Stephenson, que salta a la vista del primer aprendiz de ingeniero.

Los establecimientos oficiales no tienen por qué contar con los motivos que hacen la economía indispensable en un establecimiento privado.

Los comerciantes y las asociaciones comerciales no obtienen buenos resultados sino vendiendo a bajos precios. El que no responde a esta condición pronto es suplantado por los que la satisfacen.

Nadie puede cargar al público con los efectos de su prodigalidad; y por eso no cae nadie en ella. Cuando se necesita sacar provecho de un trabajo, no puede consagrarse el 48 por 100 del gasto total a los gastos de administración, como sucede en las obras públicas de la India; y las compañías de los ferrocarriles indios, que conocen esta verdad, se las componen para no consagrar a su administración general más de un 8 por 100 de los gastos totales.

Nunca un tendero dejará pasar en sus libros de cuentas un *item* comparable a esos 6 millones de libras esterlinas anuales que el Parlamento arranca al Tesoro para gastos imprevistos.

Visítese una fábrica, y se verá que allí el empleo de cada sueldo está regulado como por un espíritu en el cual siempre está presente una cruel alternativa: o economía o ruina.

Recórrase uno de los arsenales ingleses, y, a cada observación que a uno le sugieran las huellas visibles de despilfarros, obtendrá por respuesta la conocida frase del caló:

«Mi tío es quien paga» (1).

(1) Esta frase tiene en inglés el mismo sentido que la nuestra «El pueblo paga».

Otro de los vicios de la administración es su falta de *elasticidad*. Distinta en esto de los establecimientos privados, que no tardan en componérselas para hacer frente a las circunstancias; distinta del tendero, que encuentra la manera de satisfacer la petición más inesperada; distinta de la compañía de ferrocarriles, que dobla sus trenes para acomodarse a una afluencia momentánea de viajeros, la máquina oficial, sin tener en cuenta que las circunstancias siempre están variando, se arrastra constantemente con su pesadez habitual en el círculo trazado y consagrado.

Por su naturaleza misma, no basta sino para el curso ordinario de los asuntos; no puede contarse con ella para una necesidad súbita e inaplazable. Imposible dar un paso por la calle sin que el contraste surja ante uno.

¿Estamos en verano? Se verán los carruajes de riego dar su vuelta sin ocuparse del tiempo y de lo que exige, hoy regando calles ya penetradas por la lluvia, mañana distribuyendo sus hilos de agua de igual modo sobre un suelo cubierto de polvo.

¿Estamos en invierno? No se verá variar el número de barrenderos ni su actividad: la cantidad de lodo nada influye en esto; y, si cae una avalancha de nieve, las calles populosas permanecerán una semana en tal estado, sin que se haga un esfuerzo para ponerse al nivel de las circunstancias.

Y todo esto hasta en el corazón de Londres. Durante las últimas nevadas, sin ir más lejos, tuvimos a la vista, como una antítesis real, los efectos de los dos métodos de administración, en los ómnibus y en los coches de alquiler. Los ómnibus, no sometidos a una tarifa legal, tomaron caballos de refuerzo y aumentaron el precio de los trayectos. Pero los coches, que tienen una tarifa establecida por Acta del Parlamento (un Acta que, con la previsión natural de las

Actas, no había ni sospechado que pudiera nevar de aquel modo), se negaron a hacer servicio, abandonaron sus puestos y sus estaciones, y dejaron que los viajeros fuesen a sus domicilios como podían con sus equipajes; ¡y de esta manera hiciéronse inútiles en el momento en que más necesarios eran!

Pero tan graves inconvenientes no son los solos efectos enfadosos de la rigidez de la administración; han de unirse a ellos grandes injusticias.

Volvamos a los coches: desde la última modificación introducida a tal respecto en la ley, los coches viejos, que antes vendíanse aún a 250 y 300 francos, no se venden ya; es menester romperlos; con lo cual el legislador ha despojado a los propietarios de coches de una parte de su capital.

De igual modo, la reciente ley sobre las chimeneas de Londres, que no se aplica sino a un territorio determinado, ha traído el efecto de hacer que pese sobre tal fabricante un impuesto, mientras que su competidor, establecido a un cuarto de milla (1) de allí, se salva de este pago; lo cual da, según datos dignos de crédito, una diferencia de 1.500 libras en favor del segundo.

Con estos ejemplos se puede tener una idea de esa infinita variedad de iniquidades, unas más graves que otras, que son las consecuencias inevitables de toda reglamentación legal. La sociedad, organismo vivo, siempre en vías de crecimiento, se ve sujeta a fórmulas y como colocada en mitad de mecanismos brutos, inflexibles. ¿Cómo se quiere que no sea cogida y herida por ellos?

No hay más que una clase de aparatos que le convengan: aquellos a través de los cuales su sangre

(1) 400 metros.

circula a cada latido de su corazón y que cambian como ella cambia.

Toda administración oficial se corrompe: esto es inevitable, todos lo sabemos. No las rodea ese preservativo que se llama la competencia; para vivir no tienen necesidad, como las instituciones privadas y sin subvención, de mantenerse en perfecto estado de salud.

Así es que todos los establecimientos hijos de una ley caen en la inercia y la plétora; y la enfermedad no está entonces lejos. Los salarios se distribuyen sin tener en cuenta la actividad gastada en el cumplimiento de las obligaciones; lo son asimismo aun después de cesar completamente la función; acaban por servir de dotación a los ociosos bien nacidos; son un estímulo al perjurio, a la corrupción, a la simonía. ¿Son elegidos los directores de las Indias orientales por su habilidad en la administración? Nó: compran los votos con promesas; venden de antemano su protección, y ni el vendedor ni el comprador piensan por un instante en el bien de cien millones de hombres.

Los notarios no se contentan con ganar muchos miles de libras esterlinas por año en cambio de un trabajo que les dan hecho empleadillos mal pagados; además, saben defraudar al Tesoro, a despecho de reprimendas reiteradas. En los arsenales, el ascenso no es para los buenos empleados, sino para los protegidos políticos. Antes de perder sus abundantes ingresos, los ministros de la religión predicán en contra de sus creencias; los obispos hacen falsos estados de sus prebendas; y, para que se les elija como ayudantes en los colegios, los sacerdotes de buena composición se declaran *pobres, píos y sabios*. Desde el inspector particular, que ante un abuso se deja tapar los ojos por el contratista con ayuda de un

obsequio, hasta el primer ministro, que encuentra el medio de colocar bien a sus partidarios, no se ven a diario más que ejemplos de tal venalidad, y esto a despecho de la reprobación pública, a despecho de incesantes tentativas para detener el mal.

Como decía en cierta ocasión delante de nosotros un empleado del Estado con veinticinco años de servicio, *«allí donde entra el Gobierno hay un bribón»*.

Y este resultado es inmediato cuando se destruye la relación inmediata que debiera existir entre el trabajo hecho y el salario obtenido.

En los hospitales, en los establecimientos públicos de caridad, en las cajas para difusión de las letras, en las escuelas que tienen una subvención, en todas las instituciones sociales en que el cambio del trabajo con el salario no se hace como es debido, encuéntrase la misma corrupción, que es tanto más profunda cuanto más distanciada es la relación entre el salario y el trabajo.

Luego la corrupción es un hecho necesario en los establecimientos que el Estado gobierna. En los del comercio, por el contrario, se ve muy pocas veces; y estas pocas veces, todavía puede ser remediada, porque el instinto de conservación anda en juego.

Hé ahí muchos y muy notables contrastes, a los cuales hay que añadir este: mientras los cuerpos formados de particulares son emprendedores y amigos del progreso, los cuerpos públicos son inmutables y aun se oponen a todo progreso. Nadie espera que de un cuerpo oficial salgan invenciones. Y lo que tampoco se debe esperar es verle salir de su rutina maquinal para aceptar mejoras, desde el momento en que tal cambio le costaría un gran esfuerzo de inteligencia y de voluntad, y esto sin esperanza de provecho.

Y este cuerpo no es sólo amigo del reposo; resiste

con obstinación a todo cambio, tanto por sí como por cuanto con él se relaciona.

Hoy los tribunales cambian sus costumbres; mas, hasta hoy, todos los hombres de ley se oponían tercaamente a toda reforma de la ley. Las universidades han mantenido su antiguo programa hasta mucho tiempo después de cesar éste de ser bueno; y luchan ahora para evitar la revisión con que se ve amenazado. Ni una mejora ha habido en Correos que no haya excitado vehementes reclamaciones por parte de la administración de Correos. Wilson podría decirnos hasta qué punto es todavía poderoso el espíritu conservador en las escuelas primarias de la Iglesia. Ni aun los mayores peligros pueden hacer cesar la resistencia oficial; un hecho lo atestigua: en 1820, como antes ya dijimos, el profesor Barlow manifestaba, en su informe sobre las brújulas del Almirantazgo, que «la mitad por lo menos no eran más que antiguallas». Pues bien, aun cuando en esto hubiera una amenaza real de naufragio para cada navío, «las cosas no parecían haber sido sino muy poco mejoradas en 1838 y aun en 1849».

Y esta fuerza de inercia no es fácil de extinguir, ni siquiera para una opinión pública poderosa; por ejemplo, en vano durante varias generaciones las nueve décimas partes de la nación desaprobaban la organización de la Iglesia que harta a los holgazanes y diezma a los trabajadores; nombráronse, si, comisiones para restablecer la equidad, pero, en suma, todo está como estaba.

Otro ejemplo: desde 1818 se han hecho como una veintena de tentativas para introducir el orden en las escandalosas malversaciones de los administradores a quienes se halla confiada la gestión de las fundaciones de caridad; diez veces en diez años se han propuesto medidas al Parlamento para remediar

lo que sucede; y los abusos continúan, tan groseros o más que antes.

Por otro lado, esos instrumentos del poder no sólo resisten a todo esfuerzo en pro de las reformas, sino que impiden toda reforma en otras materias.

El instinto conservador aparece indudablemente en la conducta diaria de todos los hombres; pero, en el individuo, es un obstáculo cuyo interés llega fácilmente al fin. La esperanza del provecho acaba por enseñar al agricultor que, para establecer buenos canales de riego, es menester que estén bastante profundos; y emplea tiempo en hacerlo así, pero así lo hace. Los fabricantes llegan a saber al cabo de cierto tiempo cuál es la manera de proceder que más les conviene, teniendo en cuenta la economía, para animar sus máquinas de vapor.

Mas, en los servicios públicos, no hallándose dominado el instinto conservador por ningún interés personal, obra libremente, dando los más absurdos y desastrosos resultados. Generaciones hacía que el uso de la teneduría de libros se había establecido, y las cuentas del Tesoro se hallaban todavía registradas por medio de listones señalados. En las previsiones del balance para el año corriente, léese este *ítem*:

«Alimentación de las lámparas de aceite en el cuartel de la guardia montada».

Entre las administraciones creadas por una ley y las que espontáneamente se formaran, ¿quién sería capaz de vacilar después de todo esto?

Las unas son lentas, estúpidas, extravagantes, groseras, corrompidas, contrarias al progreso. ¿Se pueden descubrir en las otras vicios que pesen lo que éstos?

Sin duda que el comercio tiene sus abusos y sus locuras en la especulación. Males son esos que no

pueden separarse de la naturaleza humana con sus actuales imperfecciones.

Pero no es menos cierto que estas imperfecciones alcanzan a los funcionarios y que, no estando en ellos sometidas a la misma severa disciplina, deben producir resultados peores. En el supuesto de que una raza humana tiene cierta inclinación a conducirse mal, la cuestión está en saber si, para la buena organización de la sociedad, es preferible que toda mala acción acarree un castigo inmediato, o que le arrastre tras sí sólo de lejos y por un lazo nada fuerte.

¿Cuál será de dos sociedades la mejor, aquella en que el agente que desempeñe mal su cargo sea al punto castigado por la pérdida de su clientela pública, o aquella en que tal agente no pueda ser castigado sino con ayuda de un complicadísimo aparato de reuniones públicas, peticiones, votaciones, consejos de ministros y legajos de cordones encarnados? ¿No es una esperanza de utopista, y una absurda esperanza, creer que el hombre será mejor ante un castigo lejano e incierto que en presencia de un castigo próximo e inevitable?

Y sin embargo, esa es la esperanza que abrigan, sin saberlo, la mayoría de los hacedores de planes políticos. Escúchense sus proyectos: lo que proponen se haga, opinan que puede ser hecho por agentes nombrados a este fin. Los funcionarios son fieles: hé ahí sus primeras palabras.

Es indudable que, si se pudiera tener la certeza de encontrar un personal de buenos *oficiales*, esto sería un gran dato en favor de la intervención *oficial*; pero, de tal modo, aun el despotismo, si pudiéramos estar seguros de dar con un buen déspota, tendría sus buenos aspectos.

Sin embargo, si queremos ver claro el contraste entre los dos métodos posibles para satisfacer las ne-

cesidades de la sociedad, el uno artificial, el otro natural, no basta conocer los defectos del uno; a la vez se han de considerar los méritos del otro, que son muchos e importantes.

En primer lugar, toda empresa de particulares depende estrechamente de la necesidad que la suscitara; y, allí donde no hay necesidad, le es por completo imposible subsistir. A diario se fundan nuevos comercios; nuevas compañías. Si responden a una necesidad del público, echan raíces y prosperan. De lo contrario, mueren de inacción. Ocúrreles lo que a todo lo que se halla organizado por la naturaleza: si no tienen función, ningún alimento reciben, y perecen.

Además de que los nuevos establecimientos desaparecen si son superfluos, los antiguos también dejan de existir cuando su tarea ha terminado. Muy diferentes de los instrumentos creados por la ley, muy distintos del colegio de los Heraldos, que se mantienen en una época en que el blasón no tiene valor; muy distintos de los colegios eclesiásticos, todavía florecientes, aun cuando desde hace algunas generaciones se hayan tornado abominables para todos, los instrumentos creados por los particulares se destruyen cuando dejan de ser necesarios. Un sistema muy extendido de coches públicos desaparece en cuanto un sistema de poder superior comienza a existir. No sólo desaparece y no atrae más capitales, sino que los elementos que comprendía son puestos en libertad y utilizados de nuevo: cocheros, cobradores, etc., todo es empleado en otra parte; y no continúan durante veinte años cargando al público con sus personas, cual lo harían, con sus compensaciones, los empleados de un departamento de la administración recientemente abolida.

Considérese también hasta qué punto es inevitable que las instituciones libres se acomoden a su

tarea. Es ley de todo cuerpo organizado que, para funcionar bien, necesita un aprendizaje. Es una verdad que el negociante en ciernes debe comenzar por llevar las cartas al correo; que para llegar a ser buen posadero es menester haber sido mozo de posada: es indudable que, para desarrollar el ingenio, es necesario en primer lugar hacerle concebir lo que es identidad y dualidad, en seguida el número, y que sin esto, ni aritmética, ni álgebra, ni cálculo infinitesimal le será accesible; y no es menos cierto que toda parte de un organismo empieza por un estado de extremada sencillez en el que no tiene más que una función insignificante, y que, para llegar a su forma definitiva, pasa por diversas fases, complicándose sin cesar.

Un corazón no es al principio más que un saco que puede contraerse; un cerebro es, en sus comienzos, un ligero ensanchamiento de la cuerda espinal.

Pues bien, esta ley se aplica igualmente a la organización de la sociedad.

Un aparato, para funcionar bien, debe no haber sido hecho con arreglo a un plan preconcebido y ejecutado de un golpe por los legisladores; es menester que haya salido poco a poco de un germen; nada ha de agregársele de nuevo que no haya sido primeramente exigido, luégo ensayado por la experiencia; sólo después de esta prueba se puede pensar en una nueva adición, y únicamente por este método de tanteos puede formarse un aparato conveniente.

Un hombre probo recibe dinero en depósito; de ahí, poco a poco, nace todo un vasto sistema de bancos, con sus billetes, sus *cheques*, sus tratados, sus complicadas transacciones, con su despacho, en fin, de cuentas corrientes. Machos de carga, luégo carrioches, luégo coches, luégo vehículos de vapor sobre caminos apropiados; tales son los grados sucesivos

por los cuales el sistema de comunicaciones se ha elevado al estado actual. No ha sido necesaria la intervención de un director de ministerio para que se formase espontáneamente todo un cuerpo de manufactureros, de corredores, de viajeros, de comerciantes detalladores, y esto por grados demasiado insensibles para ser distinguidos.

Lo propio puede decirse respecto a creaciones de otra índole. El Jardín Zoológico, que es lo mejor que en su género encierra el mundo, comenzó por ser una colección privada, perteneciente a varios naturalistas. La mejor escuela obrera conocida, la escuela anexa a los talleres de Price, comenzó con media docena de muchachos que valiéndose de sucios papeles y de plumas inservibles trataban de aprender a leer y escribir.

Obsérvese también (y es esta una consecuencia de su modo de crecer) que estas instituciones espontáneas se desarrollan con arreglo a las necesidades y alcanzan las necesarias proporciones. La misma causa que les dió vida hace que en ellas crezcan las ramas allí donde puedan ser útiles.

Pero, con las instituciones del Gobierno, la oferta no sigue tan de cerca a la demanda.

Establézcase una oficina y un cuerpo de empleados, fíjense sus deberes; déjese todo esto por espacio de una o dos generaciones para que adquiera solidez; y, si en alguna ocasión deseáis obtener de ella un trabajo extraordinario, os será menester por lo menos un acta del Parlamento, y aun así no obtendréis vuestro trabajo sino después de mil aplazamientos y dificultades.

De las dos clases de medios de acción en la sociedad, los unos fracasan siempre, tan pronto empeorando el mal como produciendo más males de los

que curan; los otros triunfan siempre y hacen doquiera el bien.

Al primer golpe de vista, la máquina oficial parece poderosa; mas, con esto, nunca responde a lo que se espera de ella. Las fuerzas de los particulares parecen al principio bastante débiles: pero a diario se admira el mundo ante los prodigios que crean. Sin hablar de las compañías por acciones, que son tan poderosas que, para cubrir un reino entero de caminos de hierro se toman justamente el mismo tiempo que el Almirantazgo para construir un buque de cien cañones, lo que resulta más sorprendente es que los establecimientos del Estado son vencidos aun por individuos aislados. Bien conocida es la antítesis famosa de la Academia, que, con 40 miembros, emplea 26 años en redactar el Diccionario francés, mientras que el doctor Johnson, sin ayuda de nadie, redacta en sólo 8 años su Diccionario inglés. Aun teniendo en cuenta que la importancia de las dos obras no es igual, siempre será bastante la diferencia de tiempo.

Por otra parte, esta antítesis tiene más de una compañera; podríamos citar más de un ejemplo de la misma familia.

Si hubo una empresa grande e importante para la salud pública, lo fué la de llevar el Río Nuevo a Londres: la más rica corporación del mundo lo intentó en vano; Sir Hugh Myddleton, sin ayuda de ningún género, púdolo conseguir.

El primer canal abierto en Inglaterra (es esta una obra que sin embargo sólo el Gobierno parecía capaz de concebir y de realizar), fue comenzado y acabado por un particular, quien la hizo objeto de una explotación por el duque de Bridgewater.

Con su propio trabajo y sin ayuda de ninguna especie, William Smith llevó a cabo la gran empresa

de trazar el Mapa geológico de la Gran Bretaña; mientras tanto, el Mapa del estado mayor,—un mapa, a decir verdad, cuidado y bien estudiado,—ha ocupado ya a todo un cuerpo de oficiales durante dos generaciones o poco menos, y habremos de esperar a que termine la tercera, para tener el mapa acabado.

Howard y las prisiones de Europa; Bianconi y la circulación en Irlanda; Waghorn y la carretera del Oberland; Dargan y la Exposición de Dublin... ¿no os sugiere un contraste sorprendente cada uno de estos ejemplos?

Mientras que particulares como Danison construyen casas modelos en las cuales la mortalidad está muy por bajo del término medio, el Estado hace barracas en donde pone hombres escogidos, sometidos a la vigilancia de médicos, arreglándoselas de tal modo, que la proporción de muertos se eleva, por mil y por año, a 13.6, 17.9, y aun a 20.4. Pues bien, entre los particulares de la misma edad, en los mismos lugares, la proporción es de 11.9.

El Estado ha hecho, en Parkhurst, importantes gastos para corregir a jóvenes criminales, y *no* ha llegado a corregirlos; Ellis toma cincuenta de los más empedernidos ladrones jóvenes de Londres que la policía consideraba como los más incurables, y los corrige a todos.

Piénsese en las oficinas de emigración: gracias a sus medidas, los emigrantes, amontonados en masas apretadas, mueren a cientos; con su permiso nuestros puertos dejan salir navíos que son, como el *Washington*, el asilo de la ratería, de la brutalidad, de la tiranía, de la obscenidad.

A su lado se forma la Sociedad de préstamos para la colonización en familia, fundada por la señora de Chisholm; y el resultado no es peor; por el contrario, todo mejora; no desmoraliza a las gentes amontonán-

dolas en confusa horda, las corrige por una suave disciplina; no crea pobres repartiendo limosnas, alienta la previsión; no recurre a nuevos impuestos, se basta a sí misma.

¡Qué lecciones para los amigos de la intervención legislativa! ¡El Estado vencido por un obrero zapatero! ¡El Estado vencido por una mujer!

Lo que hace mayor este contraste entre los resultados de la actividad del Estado y los de la actividad de los particulares, es que aquél—no tenemos que olvidarlo—se hace constantemente suplir por éstos, aun en las funciones que hay obligación de confiarle.

Sin hablar de los departamentos de guerra y marina, en los que una buena parte del trabajo es hecho por contratistas y no por empleados del Gobierno; sin hablar de la Iglesia, que se desarrolla sin cesar, no gracias a la ley, sino gracias al celo de los particulares; sin hablar de las Universidades, en las cuales la sola enseñanza útil es debida no a los funcionarios oficiales, sino a los maestros particulares, consideremos tan sólo de qué manera funciona nuestro aparato judicial.

Los hombres de ley no cesan de decirnos que una codificación es cosa imposible; y hay más de un alma sencilla que los cree.

Pues bien, comencemos por hacer observar que lo que el Gobierno y todos sus empleados no pueden hacer por las actas del Parlamento en general, un hombre solo, Deacon Hume, ha tenido la energía de hacerlo en nuestras 1500 leyes de aduanas.

Pero sigamos. Veamos de qué manera se remedia la falta de todo orden metódico en nuestras leyes.

Los estudiantes de derecho, que se preparan para la barra y en resumidas cuentas para la magistratura tribunalicia, han de pasar años en investigaciones, para familiarizarse con ese montón informe e inmenso

de leyes; y esta coordinación que, como se ha dicho, el Estado no puede realizar, se admite que cualquier estudiante la puede llevar a cabo: ¡en el fondo, el Estado no sale muy bien parado de esto! Puede cualquier juez codificar nuestras leyes: pero la «sabiduría colectiva» es impotente para ello.

Ahora bien, ¿cómo un juez se encuentra en estado de hacer esa codificación?

Lo debe a particulares que tomaron la iniciativa de marcarle el camino; lo debe a las codificaciones parciales de Blackstone, Coke y otros; lo debe a las selecciones de leyes acerca de las asociaciones, de las quiebras, de los privilegios, de los preceptos que atañen a las mujeres, y tantas otras que a diario nos da la imprenta; lo debe a los extractos de procesos, a volúmenes de informes, obras todas ellas en las cuales el Gobierno no toma parte.

¡Destruyanse todos esos fragmentos de codificaciones hechos por individuos, y el Estado quedará en la más profunda ignorancia de sus leyes! Si los particulares no hubiesen remediado los errores del legislador, la administración de la justicia hubiera sido imposible.

Pues entonces, ¿a santo de qué ciertas gentes predicán sin cesar porque se extienda la acción del legislador?

Si, como se ha visto en gran número de casos, las medidas del Gobierno no curan los males que pretenden curar; si, en un número igual de casos, empeoran los males en vez de remediarlos; si, por último, en otros casos, frecuentes también, no curan ciertos males sino creando otros, a menudo peores; si, como acaba de verse, el Poder muestra cada día menos fuerza real que los particulares; si, por fin, como se ha dicho en último lugar, los particulares se ven constantemente obligados a suplir la insufi-

ciencia del Poder, aun para el cumplimiento de funciones sin las cuales el Estado no podría existir, ¿qué razón hay para pedir todavía nuevas administraciones públicas? Los abogados de tal tesis pueden muy bien pretender como filántropos, como hombres de talento, mas no como hombres sabios, a no ser que la señal de la sabiduría sea el desprecio de la experiencia.

(Seguirá)

De "La Tribuna"

del 14 de febrero 1940

(Conversación con don Ramón Caldera)

Es preciso pintar el paisaje decorativo de esta entrevista, porque constituye parte muy principal de ella. El escenario es una librería, la de don Juan Trejos. Conversábamos con él acerca de muy diversos y variados tópicos, oyendo su palabra flúida y discreta. La política, las elecciones, el porvenir económico, la guerra. Además un tema que posteriormente nos ha de servir para otro reportaje de grandísima importancia.

—¿Ha visto usted en estos días a don Elías Jiménez?

—No, don Juan—respondimos—. Estamos muy deseosos de verlo, pero ahora atiende a dos boticas, dos oficinas, e incansable como es para el trabajo, tiene poco tiempo para los periodis-

tas. Hay que espiarlo en la calle o en una de las puertas de sus oficinas... y con riesgo de que todo se reduzca a la grata efusión de un cariñoso saludo.

—Pues es lástima. Los hombres como don Elías, como don Ricardo Jiménez, no hay que dejarlos nunca... hay que estar sobre ellos. Todo lo que dicen son cosas de importancia para la República...

De pronto don Juan, que estaba de frente a la puerta de la calle, fijó sus ojos en alguien que entraba silenciosamente.

Vimos que hacía un saludo; también volvimos a ver.

Era precisamente don Elías. La montaña venía hacia nosotros. Nos levantámos ambos para saludarlo. Don Elías entraba a corregir pruebas y organizar las páginas de su revista APUNTES. Pero tan pronto como hubo de reconocernos, quiso pasar rápidamente.

—¿Periodistas?—dijo—¿Periodistas? Líbrese de ellos, don Juan—. Y sonrió. Se detuvo. Fue una cosa espontánea.

—No nos desacredite, don Elías—dijimos.

—Imposible—repuso—. Ya no se puede más. Todo esfuerzo sería vano. Hombres peligrosos. Y asentimos. Para nosotros don Elías es el evangelio, sin que en esta confesión de nuestra parte haya el menor asomo de cinismo.

Y don Elías, para desvanecer hidalgamente

su broma y que no quedara ni siquiera sombra de ella, habló:

—Nó. No pensaba dar un reportaje. Pero es bueno que esto que voy a decir, y si se dice conforme lo digo, se publique. Lo que más honra a los hombres es reconocer siempre lo mejor de la verdad, ya que la verdad acaso no sea absoluta. ¿Hablaban ustedes de elecciones y de votaciones?

—Efectivamente, don Elías. Es el tema de hoy.

—Pues bien, hace algún tiempo hube de disputar por la prensa con el hoy ex-Presidente Jiménez, don Ricardo. Yo no era partidario del voto secreto, sino del voto público. Don Ricardo aducía sus razones y yo las mías. Mi base era la de que los hombres deberían tener el valor de dar sus opiniones políticas con la luz del sol meridiano. Pero he rectificado. Don Ricardo tenía la razón. Se consigue mayor libertad cuanto más secreto sea el voto, porque no existen trabas para darlo. No todos los hombres pueden disponer de su opinión con la independencia necesaria y el voto secreto es una forma de restituirle al individuo buena parte del derecho que tiene como ciudadano. La votación del domingo nos habla bien claro de este fenómeno, y nos demuestra que el voto obligatorio es realmente conveniente y que la forma propia de cumplir esta obligación es la del secreto. No puede en

justicia existir una cosa sin la otra. El voto público es más valiente, es LEAL, pero no podría ser obligatorio. Reconozco, pues, que don Ricardo Jiménez ha tenido razón: hay que mantener esta forma de sufragio mientras se quiera que éste sea universal.

— La votación del domingo nos ha demostrado también que el candidato triunfante, el doctor Calderón Guardia, no necesitaba del apoyo oficial para triunfar. Ha sido libremente elegido por una mayoría innegable. Si hubo pecado original, la votación lo ha lavado, magníficamente lavado. Noventa mil costarricenses han querido que sea el doctor Calderón Guardia el nuevo gobernante. No vamos a pensar jamás que la voluntad oficial hubiera logrado tanto éxito. Usted me pregunta si yo voté. Y debo decirle que sí, que voté, y que lo hice a consciencia.

—¿Por el doctor Calderón Guardia?

—No voy a decirlo. No quiero decirlo. Desde luego no voté por el comunismo. Tampoco aspiro a que mi voto se tome en cuenta para ningún otro candidato de los que se disputaban el favor de los ciudadanos para la presidencia de la República. Sin embargo, voté*.

—Bien, don Elías, nosotros respetamos sus palabras, pero ahora queremos preguntarle qué le parece la elección?

—

* Nota: Aquí, en APUNTES, no caben reticencias. Voté por don Ricardo Jiménez para Diputado al Congreso Nacional.—E. J. R.

—¿Un voto después de la elección?

—Efectivamente.

—Leí el discurso del doctor Calderón Guardia. No me satisfizo plenamente. Aborda muchos temas sin resolver definitivamente ninguno, pero eso puede ser la razón especial de los políticos. En su discurso-programa el nuevo Presidente le da a úno la impresión de cierta vigorosa buena voluntad. Y esto es más importante que todo lo otro. Después de la muerte de Massaryk, y hecha excepción del Presidente Salazar de Portugal, no sé de ningún mandatario hoy que merezca ser oído desde el punto de vista doctrinal.

Anecdotario

POR JULIO VIVES GUERRA

Copla de Album.—La poesía de Jorge Isaacs fue a veces tempestuosa, casi apocalíptica, como en el *Saulo*, poema que tiene bíblicas oscuridades luminosas—si se le da pasaporte a esta paradoja—; a veces dolorida, como en *El Ultimo Arrebol*; a veces nostálgica, como en *Río Moro*; a veces elegíaca como en *La Muerte de Belisario*.

De todos modos, fue poeta siempre Jorge Isaacs, y aun no habiendo versificado, lo habría sido, porque la novela que lo inmortalizó es poesía

pura. Poesía subjetiva, si atendemos a los estados de alma que nos pinta; poesía objetiva, si fijamos la atención en las magistrales descripciones de los paisajes caucanos; poesía elegíaca, si nos fijamos en lo que a la muerta querida atañe; poesía nostálgica, si recordamos las melancólicas evocaciones que hace de su casa paterna y de su infancia lejana.

Pero como improvisador no se mostró casi nunca. Jorge Isaacs, o sus improvisaciones no fueron recogidas, con excepción de una, que hoy recojo a mi turno, no por su valor literario, que es escaso, sino por ser del autor de *María*; pues si generalmente las obras dan valor al artista, no pocas veces un nombre consagrado les da valor a obras que apenas si llegan a medianas.

Hace unos cincuenta años hallábase Jorge Isaacs en Bogotá, hospedado en la casa de su hermana, la altísima matrona doña Sara Isaacs de Mallarino, cuando llegó de visita una dama hermosísima, de nombre Mercedes, cuyo apellido ignoro.

Después de los saludos de rúbrica, la gentil Mercedes le dijo al poeta:

—Don Jorge, supe que usted estaba aquí y vine a suplicarle me diga a dónde le mando mi álbum, para que me escriba en él.

«El bardo israelita», sin desarrugar el adusto ceño que lo caracterizaba, le contestó con alguna rudeza, como era su costumbre:

—No me lo mande a ninguna parte, porque no me gusta tener álbumes en mi poder.

—Entonces, ¿me escribe aquí mismo? —le preguntó la dama que, por lo visto, no se ahogaba en una palangana.

—¿Fue que trajo usted el álbum? —le preguntó a su turno don Jorge.

—Claro que lo traje—respondió sonriendo la hermosa dama.

—Entonces—repuso Isaacs—el mal camino, andar lo pronto.

—Aquí está el álbum—agregó la gentil interlocutora, sacando de un bolsillo de su abrigo un precioso librito con pastas de cuero repujado y arabescos de plata.

Don Jorge, siempre dentro de su adusta seriedad, púsose el álbum sobre las rodillas, tomó la pluma que le entregaba su hermana, y escribió:

Mercedes hacen los reyes,
también el emperador;
mas Mercedes como tú,
tan sólo las hace Dios.

De la Instrucción Pública.—Los ríos que, a veces, en la desembocadura son mares de agua dulce, se olvidan del manantial.

Hoy la instrucción pública colombiana no es precisamente un mar—pues aún diz que existen por ahí escuelas en donde los alumnos se sientan

en el suelo, o en piedras, por falta de bancas—; sí puede considerarse en buen florecimiento.

Pero nos hemos olvidado del manantial.

Y el manantial es la escuela de los tiempos coloniales, con su correa que restallaba sobre las espaldas de los chiquillos, su v-a-ene-van, su *Catón*, su *Fleury*, su arena y todo el atuendo primitivo de la primitiva instrucción pública.

El primero que en Santa Fe abrió una escuela, de carácter privado, fue don José María Dávila.

¿En dónde está la placa, de mármol o de bronce o siquiera de piedra, que perpetúe el nombre de aquel héroe de la educación, que no se contentó con esto, sino que fue también prócer de la Independencia?

En ninguna parte, porque esas placas las reservamos para quienes dejan huérfanos a los niños, no para quienes los educan y los desasnán.

El señor Dávila, cuando abrió su escuela privada, era discípulo del colegio de San Bartolomé, y alternaba sus estudios con la enseñanza.

Ya se deja ver lo que sería el local en donde el señor Dávila desasnaba a los rapaces cuya educación le habían confiado algunos colonos.

Para dar una idea, reproduzco la descripción que de una escuela primaria de esos antaños hizo el eminente pedagogo don Ricardo Carrasquilla:

«Sobre la silla del maestro había un trofeo compuesto de una enorme coraza de estera, adornada con plumas de pavo (vulgo pisco); un rejo

de seis ramales, dos férulas y un letrero escrito con grandes letras rojas, que decía:

«La letra con sangre *dentra*
y la labor con dolor».

Si la instrucción masculina andaba por los suelos, ¿cómo no andaría a rastras la femenina?

Las damas hacían las cuentas con granos de maíz, en lo cual mostraban ser más ilustradas que Pitágoras, pues éste no conoció esa manera; y las más intelectuales se valían de los marfilinos dedos: método manual éste que tiene mucha analogía con los métodos mnemotécnicos de los hijos de Confucio.

Puede aseverarse que no se encontraban en Santa Fe cien damas que supieran escribir, y las que tenían esa gracia usaban una ortografía ideal de puro fantástica.

Si eso acaecía en Santa Fe, la capital del Virreinato, a ver qué sería en provincias.

Yo tengo un siglo escasito y me acuerdo de que en mi niñez lejana había cada maestro y cada método...

Mujeres, caballos e iglesias.—Don Pedro Restrepo Restrepo era un inteligente caballero de Medellín, que murió en Bogotá en el año de 1918 y que pertenecía a una alta y linajuda familia de la montaña.

Descendía «Perucho» —hipocorístico con que todos lo llamaban— de dos familias de intelectuales, y aunque no cultivó nunca la literatura, bien hubiera podido hacerlo con brillo, pues poseía suficientes conocimientos literarios y gran facilidad para escribir.

Restrepo Restrepo era nieto del erudito pedagogo y elocuente orador doctor Pedro Antonio Restrepo Escobar, y del experto jurista don Guillermo Restrepo Isaza, y sobrino carnal del doctor Carlos E. Restrepo, presidente de la República, por lo cual de raza veníanle el talento y la afición al estudio.

De familias tradicionalmente conservadoras, apenas sonó el primer grito de los Mil Días, el señor Restrepo se alistó en las fuerzas que al mando del general Marceliano Vélez marcharon a Barranquilla a debelar a los revolucionarios de la Costa.

Estando «Perucho» en Barranquilla, una tarde sentóse en una banca del Camellón Abello a departir sabrosamente con algunos amigos, entre los cuales se hallaba Samuel de Castro —hijo del general Diego de Castro—, un inteligente muchacho a quien conocí y estimé grandemente por su talento y su caballerosidad, que murió trágicamente cuando la vida tendía ante su paso la florida alcatifa de los goces y los triunfos.

Samuel, por mera broma, empezó a tocarle a Restrepo la cuerda regionalista, y dióse a hablar

—siempre dentro de la más amistosa guasa— de los defectos de Antioquia: que si «hijoeldiablo», que si «cañeros», que si regionalistas, que si patatín, que si patatán.

Restrepo le contestaba, también en broma, sacando al sol lo que juzgaba defectos costeños: que si «lo fósforo», que si «quienejquetatrá», que si «boyueyuca», que si lo uno, que si lo otro.

Por último Perucho, como trueno gordo de la regocijada discusión, dijo:

—Antioquia será todo lo que tú quieras; pero en Barranquilla no hay mujeres tan bellas, ni caballos tan bonitos, ni iglesias tan hermosas como las de Medellín.

En este momento pasaba por el Camellón una linda barranquillera, de esas que curan el hipo por tan bonitas, que tienen en las miradas todo el fulgor de los atardeceres marinos y que caminan con vaivenes de ola.

—¿Y esta que va aquí no te parece bonita? —le preguntó Samuel a Perucho.

Perucho miró detenidamente a la dama, abrió la boca de pura admiración, y exclamó:

—¡Me la ganaste! ¡En Medellín no hay una tan bella como ésta!

Apenas terminada la exclamación, pasó por una de las avenidas un joven montado en un corcel hermosísimo que escarceaba elegantemente y pifaba como pregonando su hermosa lámina.

—Y este caballito, qué te parece? —preguntóle

a Restrepo su compañero, sonriendo burlonamente.

El interpelado miró con atención el bello solípedo y contestó:

—Quizá habrá en Medellín un caballo como éste, pero yo no lo conozco, porque no me lo han presentado.

Y luégo, poniéndose en pie, agregó:

—Adiós, me voy antes que pase una iglesia!

E pur si muove.—A nadie le había pasado por el caletre, en los tiempos coloniales, la idea de que la tierra se mueve, y fue el sabio don José Celestino Mutis quien, a fines del siglo XVIII, tuvo el valor—en esos tiempos, avilantez—de enseñar y proclamar, en su cátedra de matemáticas del Colegio del Rosario, el entonces herético «e pur si muove», de Galileo.

¡Menudo cisco se armó!

En calles, callejuelas, plazas, plazoletas, esquinas y mentideros se comentaba el caso, se armaban las más peregrinas discusiones, y se sacaba a relucir, como argumento Aquiles, el hecho bíblico de que Josué le había ordenado al sol que se parara, y no se lo había ordenado a la tierra.

Hasta los menestrales le arrimaban en la calle el hombro a la insólita teoría de Copérnico, preconizada por Mutis.

—Sabes la herejía con que ha salido don José Celestino Mutis?—le preguntó el carnicero Juan Pérez a su amigo el zapatero Pedro García.

—No, no he sabido nada, contestó el digno hijo de San Crispín.

—Pues dijo ese hereje en la clase de aritmética que la tierra voltea todos los días—informó Pérez.

—Talvez volteará de noche, y por eso no la sentimos cuando da la vuelta—repuso el zapatero.

—No seas cándido—replicó el carnicero, con el aplomo de la experiencia—. Todas las noches dejo mi carne para cecina en agua-sal, en una artesa; por la mañana la saco, y no se ha derramado ni una gota. Si la tierra volteara, se derramaría la artesa.

El zapatero Pedro García quedó apabullado con este argumento práctico, y ni por un momento dudó de que el sabio Mutis era un animal de rebuznos.

Naturalmente, el asunto no se quedó en comentarios de guardacantón y sahedizo, pues los padres del convento de los dominicanos, bajo cuya espesa capucha no podía haber la idea de que la tierra se moviese, denunciaron a Mutis ante el comisario de la Inquisición, como «propagador de doctrinas erróneas que faltaban a la pureza de las enseñanzas católicas».

Mutis «se quejó de la queja» ante el virrey y ante el tribunal de la Inquisición, de Cartagena, y el magistrado y la entidad resolvieron que «las

teorías de Copérnico no se podían condenar». El virrey y la Inquisición no creían en lo que decidieron; mas echaron tal decisión por no oponerse a la autoridad absoluta del rey Carlos III, que era conocido como enciclopedista.

A propósito de todo esto escribió el barón de Humboldt:

«No sin inquietud vieron los dominicanos que las herejías de Copérnico, ya profesadas por Bauguer, Godin y La-Condamine, en Quito, penetraban en la Nueva Granada; pero el virrey protegía a Mutis contra los religiosos, que querían que la tierra permaneciera inmóvil».

La Masonería sin dividendos.—Monseñor Jesús María Marulanda—tío carnal del talentoso e ilustrado político doctor Jesús María Marulanda, y del nunca bien llorado médico Francisco Eustaquio Marulanda—fue un sabio sacerdote, de proverbiales virtudes, de gran espíritu de progreso y de chistosas y oportunas salidas.

A la actividad y al genio organizador del doctor Marulanda se debe en gran parte la hermosa catedral que hoy adorna el parque de Bolívar, en Medellín, y a su caridad inagotable se debió que muchas familias tuvieran un pan para su hambre y un techo para no dormir bajo la celestía inmisericorde o azotadas por la lluvia inclemente.

Y todo lo bueno lo hacía el padre Marulanda

sin ostentación, sin cartelones esquineros y como si de ello no se diera cala y cata, porque su mano izquierda cumplía el precepto bíblico de ignorar lo que la diestra ejecutaba.

Dije que el padre Marulanda era oportunísimo en sus respuestas y apreciaciones, y de ello es buena prueba lo que paso a contar.

Hace unos treinta años fué a Medellín, procedente de Centro América, un caballero, comisionado por alguna sociedad masónica, para organizar una logia en la capital de Antioquia.

Me supongo que en Medellín habría algunos masones, pero no había logias organizadas, por lo cual ese caballero fue comisionado para el caso.

Gran revuelo alzó en los círculos religiosos y en las entidades católicas la llegada del caballero aquel, que no sé si sería un «Caballero Kadosch».

¡Ahí es nada! Una logia en Antioquia, en la católica Antioquia, en la Antioquia conservadora de don Marco Fidel Suárez, del padre Canuto, de San Francisco de la Estrella y del San Antonio de Urrao! ¡No en sus días!

Una comisión de Hijas de María y de Madres Católicas fué a la casa de Monseñor Marulanda, para recabar de él algo que atajara aquella oleada de «fuegos de Moloch y de Satanás» que se le venía encima a «la tierra de la dura cerviz y del hogar cristiano».

—Padre—le dijo la dama que encabezaba la comisión—, venimos a que usted interponga sus

grandes influencias para salvar la religión amenazada.

—¿En qué consiste la amenaza a la religión?— le preguntó el padre Marulanda, sonriendo socarronamente, porque sabía cómo las gastaban esas virtuosas damas en todo lo atañadero a sus creencias.

—Pero, padre, usted no sabe lo que pasa?— le preguntó la dama, haciendo aspavientos.

—No, mi señora, qué pasa para tanto susto?— preguntó a su turno el guasón tonsurado.

—Casi nada, Padre—contestó otra dama—: que a la ciudad ha llegado un masón de Centro América a fundar una logia masónica y a organizar los masones dispersos que hay aquí y que debieran estar en la cárcel.

—Talvez no en la cárcel, pero sí en el manicomio, mi señora—repuso el padre Marulanda—; pero, en todo caso, la venida de ese señor, ¿qué importa?

—¡Cómo que qué importa!—exclamó escandalizada la dama, colocándose con la encamandulada mano una cruz que le cogió desde el colodrillo hasta la mitad del voluminoso abdomen—. Que qué me importa? Ese hombre es un enviado del infierno que viene a acabar con la religión.

—Rebájele algo, mi señora—agregó el padre Marulanda riendo burlonamente.

—No rebajo nada, padre—exclamó la dama—; ese hombre viene a acabar con la religión.

—Pero mi señora—replicó el guasón prebendado—, usted está pensando que la religión es edificio de palos de tabaco, y que cualquiera puede acabar con ella, porque se pone un delantal de seda y se firma con tres puntos.

—Es que...

—No es que nada, mi señora, eso es hacer muy chiquito a Jesucristo—repuso ya muy serio el padre Marulanda—, y tener muy poca confianza en sus propias creencias.

—Es que ese hombre viene a fundar aquí en firme una sociedad masónica—dijo la dama casi llorando.

—A fundar aquí una sociedad masónica? ¡En Antioquia nadie puede fundar sociedad que no reparta dividendos!

No es poesía mostrenca.—Tenemos en Colombia la costumbre de adjudicarle a Julio Flores cuantos versos oímos o sabemos y cuyo autor ignoramos, siempre que en esos versos figuren suicidios, cementerios, flores mustias, fémures y calaveras.

Un ejemplo de ello es la aclaración que le hizo a Julio Flores mi inteligente e ilustrado amigo Alfonso Villegas Arango, a quien los periódicos le robaron unos versos, para acomodárselos al autor de *Idilio Eterno*; versos que empiezan así:

«Tenía la faz marchita
y en su mirada incierta
la angustia se pintaba
que el desengaño da;
del viejo cementerio
junto a la humilde puerta
estaba desmayada
como muriendo ya».

Algunos periodistas se dijeron:

—¿Tiene cementerio? Pues de Julio Flores.

A Daniel Ortega le quitaron y siguen quitándole, para adjudicársela a Julio Flores, una décima que así rompe:

«De aquella cartera vieja ...»

Y a mí, al desventurado de mí, me han quitado y me quitan, para acomodárselos a Julio Flores, unos versuchos de mi lejana adolescencia, sólo porque tienen suicida y buhos y bóvedas. Todo el matalotaje macabro.

Lo que equivale a quitarle a un infeliz labriego una ovejita para regalársela al dueño de la hacienda.

La anécdota que se verá en seguida la publicaron hace algún tiempo unos periódicos de la Costa, poniendo como protagonista a Julio Flores. El mismo autor de los versos que en ella corren, don Vicente Escobar, me los recitó, allá por el año de 1910, y la anécdota me la

ratificó don Guillermo Vélez Escobar, sobrino del aludido autor. No sólo a Julio Flores le han adjudicado estos versos, sino a Rojas Garrido, a Jorge Pombo, a Gutiérrez González y a mil más.

Ello fue que cuando Vicente Antonio Escobar Isaza contaba unos dieciséis años, allá por el de 1874, era alumno de no recuerdo qué colegio de segunda enseñanza en Medellín, y una vez, por un disgusto cualquiera, se lió a puñetazos, durante el recreo, con su condiscípulo Pedro Nel Ospina, y quizá con justicia o quizá porque éste era hijo del doctor Mariano Ospina Rodríguez, a Escobar, para castigarlo, lo metieron en el llamado «cuarto de los mapas».

Pedro Nel, que fue siempre un hidalgo, y sabía que Escobar no tenía familia en Medellín, le llevó, por la noche, panes, dulces y fiambres, para que no pasara hambre su amigo de siempre y enemigo de pocos minutos.

Al día siguiente, cuando abrieron el cuarto de los mapas, le preguntaron al penado sus condiscípulos:

—¿Cómo pasaste la noche?

—Así— contestó Escobar,—señalando los tableros o encerados en donde estaban escritos con tiza los siguientes versos, que todos se apresuraron a copiar; que han rodado y ruedan, más o menos alterados, por escuelas y colegios, y que ignoro si serán exactos en todos sus detalles, porque cito de memoria:

«La América del Norte fue mi lecho,
la América del Sur mi cobertor;
recliné mi cabeza en el Atlántico
y arrullóme al dormir cual dulce
cántico,
de las brisas del Niágara el rumor.

Y las faldas pisé del Aconcagua
y sus rugidos íntimos oí;
la lumbre del Pichincha fue mi
lumbre
y, como el Dios del Sinaí, en la
cumbre
del Chimborazo hasta mi planta hundí.

Al ver mis pies y manos
descubiertos
sentí inmensas fruiciones de
placer,
porque este mundo que Colón
soñara
y que a Fernando un Papa
regalara,
sólo a mí no me pudo contener!»

De un poeta olvidado.—En mis recuerdos infantiles se destacan los versos de don Ricardo Carrasquilla, que mi padre nos leía en las veladas hogareñas, a la luz de una vela de esperma, mientras afuera el viento agitaba los abanicos de las palmeras y susurraba en el follaje de los tamarindos que sombreaban la casa solariega.

Don Ricardo Carrasquilla, cuyo busto adorna una vera del paseo de Colón, fue uno de los

mejores pedagogos de Colombia y poeta jocoso de versos fáciles y flúidos.

El señor Carrasquilla se llamaba, según su autobiografía, escrita en sueltas redondillas, «Ricardo Timoteo». Leamos:

«Nací pobre, triste y feo;
poco después profesé
de maestro; me casé;
me llamaron Timoteo.
Más tarde resulté bardo;
muchas coplas escribí,
y hasta mi nombre perdí:
hoy me llaman don Ricardo».

Ni qué decir hay que Carrasquilla era un gran improvisador, porque en sus tiempos todo el que hacía versos se daba a la gimnasia intelectual del improntu.

Una vez se hallaba don Ricardo en el atrio de la catedral, cuando pasó un batallón que iba a una parada.

—Ricardo—le dijo uno de sus compañeros—, a ver qué te inspira este batallón tan elegante.

Y don Ricardo, sin detenerse, improvisó esta estrofa, que le sirvió después para una de sus populares letrillas:

«Cuando pasa un batallón
de cincuenta liberales
y otro de fuerzas iguales
de la contraria opinión,
veo cien ladrones cabales».

En una de las cárceles de Bogotá se efectuó alguna vez una comunión de presos. Muchas damas de la primera sociedad les sirvieron un suculento desayuno, después de la comunión, y les repartieron ropas, cigarros y dulces.

La fiesta estaba animadísima: las charangas llenaban el espacio con sus notas alegres, y los presos, olvidando momentáneamente sus penalidades, mostrábanse contentos y decidores.

Don Ricardo Carrasquilla, que era uno de los organizadores de aquella fiesta de caridad, iba de grupo en grupo, animando a unos, regocijando a otros, soltando un chiste acá, improvisando una redondilla allá, recitando unos versos acullá.

Al pasar cerca a un grupo de damas, una de ellas le dijo, señalando a una pareja que, muy amartelada, decíase ternezas al pie de una enredadera:

—Don Ricardo, mire usted aquel idilio.

Miró don Ricardo a los felices novios, que se arrullaban sin hacer caso de nadie, pues para cada uno de ellos el universo se condensaba en la mirada del otro.

—¿Quiénes son ese Romeo y esa Julieta?— preguntó.

—Fulano Ortiz y Fulanita Cadena—le contestó la dama—. Me parece que es mano de una improvisación.

—Con mucho gusto, mi señora—contestó galantemente don Ricardo.

Y luégo, como quien lee, recitó:

«Ortiz, bajo el emparrado
y de su pena olvidado
—si es que sufre alguna pena—
sólo piensa en la «Cadena»
que lo tiene aprisionado».

Astillas

Pruebas de la penuria mental de este tiempo, no les faltarán a los historiadores de mañana. Aquí está una que carece de importancia: en nuestra América hay muchos que juzgan a Gabriela Mistral acreedora al Premio Nobel de Literatura.

*
**

Es innegable que en muchas cosas sí se está hoy mejor que antes. Una de estas cosas es el modo de vestirse los hombres y las mujeres. No quiero decir sin embargo que en este capítulo la estupidez no asome las orejas. ¿Qué ganan los hombres con sus estorbosas cabelleras largas y los ruedos vueltos de sus pantalones? ¿Por qué hay todavía tántas mujeres con tacones altos?

*
**

La supremacía de una asignatura en la reglamentación escolar, demuestra el desconoci-

miento del reparto natural de las aptitudes en los alumnos. Peor todavía si la asignatura elegida no es ni ciencia ni arte verdadero; por ejemplo, la ortografía. Salvo la puntuación, no hay en ortografía casi nada que pueda enseñarse con lógica severa. ¿Qué razón dais al estudiante para pedirle, v. gr., que escriba *abogado* con *b* y *vocal* con *v*?—La razón del uso, esto es, de la ignorancia, de la rutina, de la arbitrariedad.

*
**

El primer efecto de la intervención del Estado en la regulación de los precios es la desaparición de los fabricantes enamorados de su arte y el triunfo de las malas calidades. En el caso de los alimentos, la cuestión calidad es primordial, pues nuestra salud va de por medio.

¿Pero qué le importan la calidad y la salud a un gobierno que nos hace sostener por un lado una dispendiosa «Secretaría de Salubridad y Protección Social» y fomenta por otro lado, sin pudor y hasta con orgullo, el consumo del alcohol?

*
**

En vez de «Secretaría de Salubridad, etc. etc.», se decía antes: *Ministerio de Higiene*, con sencillez, con propiedad, con mayor alcance, y sin marca alguna de socialismo pedestre.

*
* *

Entre las genialidades de nuestras escuelas ahora, hay que señalar la confusión intencional del *aprovechamiento* y la *conducta*. Al calificar a un alumno, se logra así hacer una suma de montes y nubes, gracias a la cual se mantiene «la disciplina» en los establecimientos. ¿Y negáis que se hagan inventos en el mundo?

*
* *

¿Quién se habría atrevido a imaginarse que existiera entre las personas dedicadas al comercio un número tan grande de partidarios del cierre oficial, según el criterio de un gobierno vendedor de bebidas alcohólicas?

La ley del «cierre dominical» es un tejido de torpezas, afortunadamente: no será de vida larga.

*
* *

La vida humana es inviolable. No lo olvide, señor conductor.

Para excusarse de un atropello, le oí decir a un conductor de automóvil: «Le eché el carro, porque no quiso quitarse».—¡Ajá! ¿Con que usted piensa que puede echarle el carro a quien le parezca a usted que no le hace caso?

*
**

El tránsito en una ciudad debiera estar sometido a estas dos reglas:

1.^a Dar la preferencia al peatón y a los otros transeuntes que van despacio.

El ángel a pie vale siempre más que el zafio sobre ruedas.

2.^a No consentir la circulación de vehículos ruidosos o veloces.

No sólo por los peligros relativos a las vidas, sino también por las facilidades que ofrece para los robos y otros males, el tránsito rápido debería condenarse severamente en las poblaciones.

Particularmente hay que fijarse en los carros de carga que representan por su masa una fuerza viva enorme, lista para toda suerte de desgracias.

En los momentos de fuertes aguaceros, cuando le es tan difícil caminar a pie al anciano, o al niño, o al enfermo, la policía hace mal en consentir que los vehículos se desboquen a sus anchas, a *todo full*, como dicen los conductores en su jerga de los diablos.

*
**

De los buenos tenedores de libros—del tipo de don Manuel Antonio Quirós o don Gregorio Escalante—ninguno se formó en «escuela sumi-

nistradora de diplomas». Con esta experiencia, ¿porqué se habla ya del establecimiento de «una facultad de contabilidad», con la secuela de pedanterías e intromisiones de todos los cuerpos que dejan de preocuparse del progreso de su arte u oficio, para atender sobre todo a la explotación de los títulos?

*
* *

Los ancianos deben saber gozar del rato de vida que les queda. No se dejen esclavizar por las fórmulas sociales. Ocúpense en algún trabajo que no les deje tiempo para meditar en el pasado, ni en el porvenir.

*
* *

La teoría de la «balanza comercial» es una de las grandes necesidades de los economistas. El hecho de que el monto de las importaciones supere al de las exportaciones, no es nada alarmante. A menudo es un síntoma de prosperidad.

*
* *

En la democracia—gobierno de la mayoría—la calidad queda pospuesta a la cantidad. ¿Dónde y cuándo ha sido esto favorable a la libertad?

*
**

Ninguna, absolutamente ninguna persona normal, alentada e inteligente, puede ser socialista después de los treinta años de edad.

Cuando las gentes consienten alegremente en ceder sin necesidad una pulgada de su libertad personal, el terreno está listo para el florecimiento de las guerras y de las revoluciones.

Los estadistas del tipo de Roosevelt, apóstoles del socialismo y pacifistas a la vez, o son desequilibrados o... qué sé yo!

*
**

Otro disparate o incongruencia: predicar el ahorro cuando se vive en régimen socialista. ¿De buena fe aconsejáis a los trabajadores que se estrechen y economicen, en beneficio de los que no trabajan ni se estrechan ni economizan?